



## UNA OJEADA SOBRE EL REINADO DE CARLOS III

### I

No pretendemos imitar al *laudator temporis acti*, de que ya hablaba Horacio en una de sus epístolas, ni menos consideramos que deban entenderse al pie de la letra aquellos versos en que Jorge Manrique se lamentaba de

Como á nuestro parecer  
cualquiera tiempo pasado  
fué mejor.

Por el contrario, creemos que, si bien la distancia de tiempos y de lugares suele abultar los sucesos y agrandar los personajes, preciso es que aquéllos entrañen algo de extraordinario y éstos revistan mucho de superior para que puedan servir de base é incentivo á los vuelos de la imaginación y á las creaciones de la fantasía; porque de otro modo la crítica racional, hoy muy activa y perspicaz, aplicando á todo su escalpelo, llega á distinguir perfectamente lo que es histórico y verídico de lo que es puramente fabuloso.

El poeta hablaba bajo la impresión del fallecimiento de su buen padre el conde de Paredes, y esos tiempos, en que los

hijos viven bajo el amparo y custodia de sus padres, esos sí que no vuelven jamás.

La verdad es que nuestra historia, como la de todas las grandes naciones, registra períodos felices, en que florecen las artes, las ciencias y las industrias, surgen acontecimientos prósperos, aparecen personajes insignes que en la guerra y en la paz dan días de gloria á su patria, y se presentan gobernantes bien inspirados, que aprovechando y dirigiendo todos esos elementos contribuyen al engrandecimiento de la Nación, así como contiene otras épocas desgraciadas en que la fortuna nos vuelve la espalda y todo marcha al azar ó guiado por el error, en que nadie se ocupa de las necesidades públicas, como no sea para agravarlas; tiempos en que medran los protervos, se esconden los buenos y la patria queda abandonada; tiempos en que sobrevienen epidemias, inundaciones y escaseces, y en que la Providencia nos castiga con malos gobiernos, que es el mayor azote que puede descargar sobre las espaldas del pobre pueblo.

Por eso cuando queremos apartar los ojos de la ruindad de los tiempos presentes, que con vivos colores nos pinta la prensa al despedir al año 93 y saludar al 94, como una esperanza, que Dios quiera se realice, si necesitamos reactivos para recobrar las fuerzas perdidas, si buscamos algún solaz y esparcimiento al animo y á la imaginación, no volveremos la vista, de seguro, al reinado de Carlos II el Hechizado, en que escarneciéndose á la Religión se deprimía la Majestad Real; ni á la de Enrique IV, en que se pierde todo sentido de gobierno; ni menos á los postreros años de nuestro imperio godo, que tiene su último ocaso en las orillas del turbio Guadalete y que nos deja entre sus ruinas planteada una guerra de ocho siglos, para recobrar, aunque en otra forma, lo perdido en un día aciago.

En el año 92, con motivo de la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, se nos presentaba ancho y florido campo para departir sobre las grandezas de nuestra patria, el vigor de la raza y su fecundidad en producir genios y hombres extraordinarios: tratábase de un acontecimiento grandioso y tanto que no tiene preceden-

te en la historia ni puede repetirse como no fuéramos á conquistar otro planeta; tratábase de la realidad de una misión que la Providencia quiso conceder á una Reina que era espejo de la justicia en el gobierno de los pueblos, estrella de las virtudes en el hogar y ángel de la victoria en las batallas; á una nación que tenía fe en sus destinos y entusiasmo por todo lo grande y lo bello, que comprendía á sus Reyes D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel y los consideraba como la encarnación de sus ideales: la nación y estos monarcas ponen término á la Reconquista, y apenas se firmaba la entrega de Granada, cuando ya hacían preparativos para el descubrimiento de un Nuevo Mundo; porque aquellos Reyes y aquel pueblo no cabían en el mundo antiguo.

En un artículo dedicado al Centenario, llamamos la atención sobre una especialidad de aquella época venturosa, y es que había siempre recursos de hombres y de dinero para toda empresa, porque cuando los individuos no se dejan dominar del mísero afán de enriquecerse á toda costa y se inspiran en la noble ambición de elevarse engrandeciendo á su patria, la Nación se presenta con todo el vigor de la raza y con todo el poder de tantas fuerzas aunadas; algunos personajes murieron en el mismo año de la conquista de Granada, pero quedaron otros muchos de primera línea, como Gonzalo de Córdova para darnos glorias militares en Italia y Garcilaso de la Vega para contribuir á la dominación del Perú, y por todas partes surgían, como por encanto, genios y hombres para mandar y tripular la famosa escuadrilla de Colón, y esforzados capitanes que, con expediciones que parecen leyendas, iban agregando nuevos florones á la corona de Castilla.

En estos mismos momentos un docto profesor nos recuerda que, en medio de aquel vertiginoso movimiento, no se olvidaban nuestros intereses en Africa, y en 1597, por mandato del Rey Católico, conquista al Duque de Medinasionia esa plaza de Melilla, que tanto que hablar y que hacer nos está dando. La ocupación se hizo hábilmente por sorpresa; pero las cortas fuerzas invasoras, y que quedaron de guarnición, tuvieron que librar muchos combates contra una

población más numerosa y aguerrida que la de hoy, saliendo aquéllas siempre victoriosas.

Hoy queremos echar una ojeada, como hemos dicho, á los tiempos del buen Rey Carlos III, monarca que, á nuestro juicio, es el que mejor comprendió y practicó los deberes de su oficio de Rey dentro del sistema político entonces vigente: celoso administrador, hábil y recto gobernante, político ilustrado y hombre de estado previsor que abarcaba grandes horizontes puso su mano inteligente y bienhechora en todos los organismos del Estado, en todos los ramos de la administración, todo el movimiento de vida de la Nación lo lanzó y encaminó por las vías del progreso, y en todas partes dejó señales inequívocas y fruto saludable de su laboriosa gestión.

Este monarca de costumbres sencillas, que según nos dice la historia *desayunaba* como un simple mortal su pocillo de chocolate, que luego de mediado volvía á llenarlo un pinche ó cocinero, con quien cruzaba siempre algunas frases afectuosas, al sentarse en su despacho aparecía con toda la grandeza de la majestad real y sus propios atributos de justicia, bondad, clemencia, equidad y paternal solicitud por el bienestar de sus súbditos, pues no hay que perder de vista que los poderes, cuando funcionan, sea dictando resoluciones de carácter general, sea aplicando éstas á los casos prácticos que van surgiendo, están siempre administrando justicia, han de cuidar esmeradamente de dar á cada uno lo suyo y no perjudicar los derechos de nadie. El olvido de esta sana y fundamental doctrina y la laxitud con que se aplican los preceptos de la moral, ha dado lugar á la gran perturbación de sentido jurídico que se observa en las clases gobernantes, y es causa de la mutua desconfianza con que se miran en España los gobiernos y los gobernados.

Fué el primer cuidado de aquel buen Rey dar á su nuevo reino el aspecto propio de un pueblo culto, y comenzando por la capital, se dictaron pragmáticas ó instrucciones sobre limpieza, higiene, comodidad, ornato y seguridad pública, y para comprender toda la importancia de aquellas disposiciones, preciso es remontarse al estado de Madrid en aquel tiempo, fijándose en que por aquellas pragmáticas y bandos

se prohibió que los cerdos anduvieran por las calles, se organizaba el servicio de los carros llamados de Sabatini, y se estableció el alumbrado público para evitar, como decía la provisión, los delitos y escándalos que con frecuencia tenían lugar y que tanto favorecía la oscuridad; pero lo que hay que observar en todos esos trabajos es el esmero con que se cuidaba de no ocasionar grandes gastos, aprovechando todos los medios y recursos disponibles, destinando á las rondas y vigilancia para el cumplimiento de todo lo dispuesto al Cuerpo de Inválidos, agregando á ellos un cierto número de menestrales que alternaran en ese servicio y admitiendo para él á cualquiera otra clase de personas de buena vida y costumbres, sin perjuicio de que más adelante se destinaron sumas muy respetables al ramo de ornato público, y combinándose las necesidades oficiales con la conveniencia de dar trabajo á muchos brazos ociosos, se emprendieron muchas construcciones y se atendió á las bellas artes en tal modo, que siendo hoy mismo Madrid la capital de Europa más pobre de monumentos, los edificios que descuellan, aparte del Palacio Real, son debidos á aquellos tiempos de Carlos III: el ministerio de Hacienda, antes Aduana, el de Gobernación, antes casa de Correos, el Museo de Bellas Artes, la iglesia de San Francisco el Grande, y en el ramo de paseos las Delicias y el Prado con sus cuatro grandes fuentes.

La vagancia y la mendicidad, que tanto perjudican á la riqueza y á la moralidad de los pueblos, no podía menos de ser objeto de cuidado y corrección por parte de un gobierno que tanto se desvelaba por el bienestar general: diferentes pragmáticas y provisiones se dictaron para perseguir á los vagos habituales y mendigos de oficio, obligándoles á trabajar, destinándoles al servicio militar ó encerrándolos en los asilos y hospicios, pues al propio tiempo no se desconocía y abandonaba la verdadera indigencia, que por desgracia existe siempre en las ciudades populosas, pues es notable el gran número de establecimientos de Beneficencia que en este reinado se levantaron en toda la monarquía, acudiendo presurosas todas las clases al llamamiento del gobierno, distinguiéndose entre ellas los prelados y adquiriendo laudable

renombre en la materia los Lorenzanas, Primado de las Españas el uno y Obispo de una diócesis el segundo, como otros muchos que no es posible enumerar en este reducido trabajo.

No nos atrevemos á asegurar que en nuestros tiempos se haya adelantado más en este ramo tan importante, á pesar de todo el costoso aparato de tantos agentes de policía y seguridad de todas clases, cuando de público se dice que hay en Madrid una población flotante ó sedentaria, de cifra muy respetable, compuesta de licenciados de presidio, de gentes que no se sabe de qué viven, de otros que con el nombre de ratas se sabe que viven del robo y son conocidos por sus apodos y por los puntos en que se sitúan para ejercer su lucrativa industria, como, por ejemplo, los ladrones de relojes y otros timadores, y aun no falta quien dice que estos industriales toman parte activa en los motines que para fines políticos surgen de cuando en cuando. Si todo esto no puede extirparse y corregirse, es que hay vacíos en la legislación, carencia de medios en los organismos ó falta de celo y tino en las autoridades; el hecho es que un enjambre de mendigos pulula por las calles, largos cordones de ellos se forman en las principales, cordones que no desaparecen hasta las once ó doce de la noche, quedando todavía algunos rezagados para dar un susto á los vecinos que se retiran á más altas horas: en todos los parajes públicos se presentan hombres mostrando los muñones de sus brazos cortados ó una pierna mutilada; en una esquina se ve una mujer de rodillas que rezando implora la caridad pública, y otra tendida en una acera con tres ó cuatro chiquillos andrajosos, sin que ningún agente de policía ponga reparo en ello, cuidando sólo de que no estorben los vendedores ambulantes, que al fin ejercen un medio lícito de ganarse la subsistencia, y nada diremos de ese comercio inmoral y algunas veces horrible que se hace con la infancia desvalida, llevando en brazos niños en lactancia para estimular la caridad pública.

Todo esto, aparte del repugnante espectáculo que presenta, propio sólo de ese Marruecos que pretendemos civilizar y que nos recuerda un pasaje de las obras jocosas de Que-

vedo, en que llama la atención sobre un anciano que en una esquina pedía limosna á los transeuntes diciéndoles: «Mirad, hermanos, la pobreza y regalo que hace Dios al hombre;» aparte de eso, es un constante peligro para las personas, como lo prueba la repetición de eso que se llama atracos que hoy tienen lugar en medio del día, sin que el agredido encuentre nunca un agente de seguridad ó de policía que le libre de las garras del audaz agresor; como no lo encuentran las señoras que se ven con frecuencia seguidas por los mendigos que les piden limosna con insistencia y con frases y ademanes amenazadores para asustarlas. Hay que fijarse en este estado de cosas que, si se prolonga, podrá retraer á los extranjeros de visitar la villa y corte de Madrid.

Aquellas autoridades del corte del Marqués de Pontejos y de D. Melchor Ordóñez ya no están en uso, se les ha pasado la moda; los tiempos modernos tienen otras necesidades, y nuestra alta política otras exigencias de mayor preferencia; preciso es tener la vista y los oídos atentos á cualquier movimiento ó síntoma de tal que pueda poner en peligro la preciosa existencia de los gobernantes, ó siquiera turbar su olímpica tranquilidad; sobre todo hay que cuidar de que la marejada del malestar no salga á la superficie en olas efervescentes; además, hay que dar golpes de efecto en su oportunidad y cubrir las apariencias para el debido decoro de la prensa oficiosa, que por cierto anda hoy algo escasa, y de la falange de amigos admiradores, que también empiezan á cansarse de la comedia. Si estas primordiales atenciones pueden conciliarse con las conveniencias del bien público, mejor, que así todo se andará; pero si surgen casos en que se pone de manifiesto lo que decía Cros, de que los partidos tienen intereses distintos del interés general, entonces hay que resignarse un poco, porque estos organismos tienen sus necesidades peculiares que es preciso respetar, y no hay que extrañar que, como decía Girardin, los partidos realizan su interés propio antes de coadyuvar á los del país; á más que no todo se ha de esperar del Gobierno; el país debe fiar algo á sus fuerzas colectivas, así como el ciudadano á su esfuerzo individual. Así parece que discurren los políticos á la moda.

Y volvamos á nuestro propósito para examinar, aunque sea ligeramente, otras cuestiones de un orden más elevado y que dieron lugar á resoluciones de gran trascendencia en este reinado de que tratamos.

## II

En ese reinado comienza la transformación económica que ha ido operándose en nuestro país, ó al menos se perciben más claros los pasos que se fueron dando en las vías del progreso: el desenvolvimiento intelectual se hacía notar desde el reinado anterior; pero los adelantos de la ciencia no se aplicaban sistemáticamente á la legislación en lo que toca al movimiento de la riqueza y al fomento de los intereses materiales: se sentía el malestar, la agricultura y la industria se hallaban en gran atraso y el comercio era muy limitado por las trabas, privilegios y restricciones de las leyes económicas, y en este estado las cosas, aquel monarca previsor y aquellos ministros tan diligentes é ilustrados comprendieron el rumbo que debían tomar para dar impulso al movimiento de la producción y del comercio y sacar á nuestra España de su postracion, y á un mismo pensamiento de prudente libre cambio obedecieron una serie de resoluciones que apuntaremos ligeramente.

Quedó abolida la tasa del precio de los granos y las semillas, si bien cuidando de organizar convenientemente las provisiones necesarias para las nuevas siembras y para los casos de escasez y carestía de esos artículos de primera necesidad; se levantó la prohibición de exportar esos granos al extranjero, á no ser que se elevaran á ciertos previos, en cuyo caso había que tener en cuenta el interés del consumidor, é igual sistema se aplicó á los demás productos nacionales, facilitando la exportación de lo que convenía vender en grande escala y gravando la importación de los artículos similares para poner en condiciones de y complemento al productor español. Nueva era entonces la economía política, muchos progresos ha hecho después; pero si observamos sus

adelantos prácticos en España, veremos que todas las medidas posteriores son como continuación y complemento de aquellas que acabamos de apuntar, con intervalos de detención ó retroceso por efecto de la lucha de las dos escuelas: el libre cambio y el proteccionismo; pudiéndose asegurar que aquel informe de la Junta de comercio de entonces que aceptó el Gobierno de Carlos III es la misma pauta que hoy se observa.

Después de quitar toda traba en lo posible al desarrollo de la riqueza y al movimiento mercantil, era preciso proporcionar á la una y al otro medios de locomoción, facilitando el acceso de los centros de producción á los mercados de venta y consumo y poniendo á todos en expedita comunicación; con tal objeto se emprendió con gran actividad la construcción de nuevas carreteras y la reparación y ensanche de las antiguas; con destino á estos gastos se creó el impuesto sobre la sal, á más de otros arbitrios, y en señal de la gran importancia que se daba á este ramo, fué nombrado Superintendente general de caminos el Conde de Floridablanca; si fué grande el impulso dado á estas obras, se ve en el informe que el dicho Director daba al Rey sobre su gestión, diciendo que en nueve años se habían casi renovado todas las destruídas ó deterioradas, se habían construído de nuevo 195 leguas que, con las doscientas rehabilitadas, daban un resultado de cerca de 400 leguas de vías expeditas para el tráfico y comunicación, aparte de otras muchas obras, como aperturas y desmontes, construcción de murallones de sostenimiento, arrecifes, malecones, fuentes, pozos, lavaderos, plantíos y viveros de árboles.

No era menor el impulso dado á las vías fluviales, acometiéndose con todo afán la continuación y mejoramiento de las obras del Canal Imperial de Aragón, comenzado en tiempo de Carlos V, logrando llevar sus aguas hasta las inmediaciones de Zaragoza, sujetando el caudaloso Ebro, como dice el historiador, por medio de obras colosales que admiran hoy mismo los inteligentes; á esta gran vía fluvial se incorporó el Real Canal de Tauste, que riega y fertiliza una comarca de ocho leguas en los confines de Navarra y

Aragón, se emprendieron las obras de construcción de los dos célebres diques de Lorca, se construyó el canal de Tortosa, se activaron las obras de los de Manzanares, Guadarrama y de Castilla, y se proyectó el de los llanos de Urgel, y se acometieron, en fin, toda clase de empresas de esta naturaleza, no sólo para la navegación, sino para el regadío, desecando lagunas y terrenos pantanosos para convertirlos en fértiles comarcas de labrantío, y todo este movimiento extraordinario de obras públicas, que fomentando la riqueza del país proporcionaba trabajo á gran número de brazos ociosos, dió un gran aspecto de alegría y bienestar á todos los pueblos, demostrando la compenetración que existía entre las exigencias del bien público y los planes del Gobierno que se anticipaba á las necesidades de la Nación, formulando sus aspiraciones para realizarlas en seguida con gran tino y exquisito celo.

Ya nos dice el insigne Ministro Conde de Floridablanca que el éxito de sus afanes era debido en gran parte á la buena voluntad y concurso efectivo de las sociedades patrióticas y otros muchos personajes, magistrados y propietarios de provincias, que aceptaron el encargo de impulsar y dirigir por sí estas obras, vigilando la buena inversión de los fondos y contribuyendo de esta manera á que hubiera la mayor economía en los gastos y á que todas ellas costaran menos de lo que se había calculado; esto de que las obras costaran menos de lo que se había presupuesto, cosa es que se hace increíble á la generación presente; porque con el sistema de las primas para ahuyentar postores y los trasposos de la adjudicación ó sustitución de unos contratistas por otros, se necesita contar en cada servicio contratado con cuatro ó cinco beneficios industriales, que sumados pueden ascender fácilmente á otro tanto del coste de la obra. Decía D. Francisco de Paula Candau en un discurso interesante pronunciado en el Congreso de los Diputados, que el estudio hecho en este ramo le había permitido notar una particularidad que encontraba en casi todas las obras públicas, y era que éstas se sacan á subasta por tipos altos, se rematan por precios ínfimos y al entregarse la obra resulta que ha costa-

do más que el precio del remate y más de lo consignado en el presupuesto con arreglo al cual se había sacado á subasta: hé aquí algunas de las causas por las cuales nuestras obras públicas salen tan costosas, y por lo cual el país tiene que privarse de muchos servicios que las necesidades y exigencias de la vida están pidiendo con insistencia.

Otro punto no menos interesante había que tocar para completar aquel plan económico y financiero, y éste era el de moderar las cargas que pesaban sobre los contribuyentes, porque la desproporción de los impuestos es una de las cosas que más enerva al productor; la contribución de cientos y millones que gravaba sobre los artículos de primera necesidad, era entonces tan odiada como hoy lo de puertas y consumos. Ofrecía las dificultades propias de su índole, encarecía la vida y daba lugar á quejas y reclamaciones, clamoreo que se percibía pronto en aquella sociedad tranquila, sin el ruido y vocerío del sistema parlamentario, y hería la fibra de los que tenían el deber de acudir á los males reconocidos, ni podía distraerse el malestar público promoviendo otras cuestiones de política menuda, como sucede hoy con el desdichado Gobierno que nos rige: así aparecieron pronto una serie de medidas benéficas para alivio del contribuyente, siendo las principales aquellas por las cuales se favorecía á las masas, disminuyendo considerablemente el impuesto de millones sobre las carnes, aceite, vinagre y vinos, eliminándose de la tarifa el pan en grano; la supresión del derecho de alcabala y cientos para todo lo que los fabricantes vendieran al pie de fábrica, y la reduccion á un 2 por 100 de lo que llevaran á vender á otras partes; la rebaja general de los derechos de alcabalas y cientos para todas las especies sujetas al impuesto de millones desde el tipo de 14 por 100 al de 8 en Andalucía y 5 en las provincias de Castilla, todo con la tendencia y aun con el delibérado propósito de suprimir estas enojosas contribuciones, cuyo laudable pensamiento no pudo llevarse á cabo por cierta repugnancia que se observó contra el impuesto de 5 por 100 de frutos civiles, que había de servir de base á la simplificación de los impuestos y á la idea de la contribución única.

## III

Cuánto daría hoy el país, tan abatido, por gobernantes como aquéllos, que con tanta solicitud se ocupaban de sus intereses, como de intereses propios, que tanto respeto guardaban al haber del contribuyente, que no sólo no se atrevían á gravarlo á pesar de las necesidades que traían tantas guerras, sino que era su más vivo y constante afán el rebajar esos gravámenes y aun el hacerlos desaparecer si era posible, á diferencia de los actuales, que á pesar de conocer el triste estado económico del país y la postración de la agricultura, más acentuada cada día por la pérdida ó dificultad del principal mercado de vinos, no han tenido reparo alguno en aumentar las contribuciones hasta ir á molestar á las tranquilas y laboriosas Provincias Vascongadas y Navarra, que bien pueden darnos lecciones de buen orden y moralidad en la administración.

Y nótese que en aquellos tiempos no había Cortes que se reunieran periódicamente y que cuidaran de no votar más subsidios que los que consideraran estrictamente necesarios; había caído en desuso el convocar á los procuradores, como no fuera para el juramento de fidelidad al Rey y al Príncipe de Asturias, ó para algún otro caso extraordinario; mientras que hoy las Cortes se reúnen todos los años, votan los presupuestos y se están discutiendo seis ú ocho meses en cada uno, de todo lo cual se deducen dos cosas: una, que los gobiernos absolutos pueden dar á un país períodos de bienestar, de prosperidad y de respeto á los derechos de los ciudadanos, y otra es que la existencia del sistema parlamentario no siempre asegura y ampara esos derechos, ni es una garantía de respeto á los intereses de los contribuyentes.

Y no es esto decir que abogemos por aquel sistema, incompatible con la manera de ser de la sociedad moderna, ni menos que reneguemos de los principios liberales que siempre hemos profesado con fe y en que hoy persistimos con esperanza; lo que hay es que el partido que se llama más

liberal, con sus ribetes de democrático, se ha mostrado siempre inclinado á aumentar los gastos y á acometer empresas superiores á los recursos del presupuesto, como si tal procedimiento fuera indispensable para su dominación, y esto, unido á la facilidad en gravar los impuestos, hace pensar á los pueblos que le cuestan muy caras sus libertades y la popularidad de sus corifeos, todo lo cual rebaja el prestigio del sistema parlamentario, ya muy decadente.

Precisamente ahora vamos á apuntar algunas medidas de aquel tiempo simpáticas al criterio moderno por lo que se inspiraban en los principios de la escuela liberal: Carlos III inauguró su reinado mandando poner en libertad al ilustre nonagenario D. Melchor de Macanaz, que gemía en un calabozo del castillo de la Coruña; distinguió luego y obsequió al monje filósofo Padre Feijóo, conocido autor de las *Cartas eruditas*; pidió y obtuvo de la Santa Sede que fueran aprobadas algunas obras del venerable Palafox, que habían sido quemadas durante la última enfermedad de Fernando VI, y gestionó el que se activara el expediente de canonización de aquel Prelado, con lo cual pagaba el monarca un justo tributo á la libertad del pensamiento que, prudentemente ejercido, es el gran correctivo para los errores y el mayor freno contra los abusos.

Luchaban entonces con valentía y con ardor dos escuelas por apoderarse de los gobiernos, la ultramontana y la del regalismo, que podemos considerar como la representación ó anuncio del partido reaccionario y del liberal, y Carlos III se decide por esta última, rodeándose de eminentes regalistas, como Roda, Azara, Aspiroz, Aranda, Moñino y Campomanes. Igual espíritu y tendencia de levantar el poder civil y sobreponer la jurisdicción real ordinaria sobre todas las demás informaba otra rama de la legislación, como la ley de asonadas, y algo de división de poderes se entrevé en la reforma de ciertos organismos, pasando las funciones administrativas de los Alcaldes mayores á los Intendentes, aunque conservando aquéllos todavía algunas atribuciones municipales y de policía, y así se iba reformando todo en el sentido que hoy prevalece.

Pesaba ya mucho sobre el país la gran masa de bienes en poder de manos muertas; notables escritores habían llamado la atención sobre estas trabas impuestas á la riqueza territorial; varias veces las Cortes habían presentado sus reclamaciones pidiendo remedio á ese mal creciente; más de una vez los Reyes habían puesto al margen de las peticiones de los procuradores la frase corriente de *En esto, por ahora, no conviene hacer novedad*; pero el monarca ilustrado, el Rey, solícito por el bienestar de sus súbditos, encaminó sus resoluciones á poner coto á la amortización y á las vinculaciones; de manera que esa evolución en sentido liberal, á que quiere hoy limitarse la fracción republicana posibilista, después de haberlo removido todo en sus cimientos, había comenzado ya en aquellos tiempos, y es de suponer que, siguiendo su natural desenvolvimiento, habría llegado á los términos en que hoy nos hallamos sin necesidad de las sangrientas revoluciones que hemos sufrido. Sería injusto atribuir todos esos trastornos á los excesos de la tendencia liberal; porque si bien las Cortes de 1812 no estuvieron muy prudentes y políticas estableciendo una sola Cámara, por otra parte la vergonzosa reacción del reinado de Fernando VII nunca será bastante censurada.

Dejamos aquí al lector, que de seguro hará por sí otras más atinadas comparaciones sobre el estado de nuestra patria al cabo de sesenta años de gobierno parlamentario, y le facilitamos, para terminar, unos ligeros datos de actualidad que nos proporciona *La Correspondencia de España* en su artículo titulado «La triste realidad.» En él se dice que «atravesamos una situación peligrosa, un momento en la vida del Estado para el que no hay consuelo en los recuerdos, porque lo pasado no ha de repetirse, ni satisfacciones en la duda presente, ni esperanzas en el incierto y quizá desdichado porvenir... No hay grandeza que se sostenga ante nuestro pensamiento, ni autoridad que mande, ni tradición que subsista, ni razón que no se niegue, ni fuerza moral no quebrantada, ni ley histórica que acatemos.» Luego exclama el articulista: «¡Como se fueron los dioses del paganismo, se disiparon los ideales colectivos de nuestra vida social y po-

lítica! Y por último, juzga á los gobernantes diciendo: «Parecen nuestros Gobiernos dominados por un ciego fatalismo: reducen los Ministros sus personas á meros instrumentos y no ven en los diez y seis millones de españoles otra cosa que una caravana que cruza la Península, pagando de mal humor los impuestos y contribuciones.»

Ya lo sabe el país.

MANUEL DE AZCÁRRAGA.

Madrid 20 de Febrero de 1894.





## DISCURSO ACADÉMICO

---

(*Conclusión*) (I).

### IX

Es la Botánica, siquiera por su objeto, conocimiento y clasificación de las plantas, y por la utilidad inmediata que á la sociedad reporta, ciencia antiquísima, á cuya constitución han contribuído los hombres reflexivos y dotados de inquieto espíritu de observación, en todos los tiempos y países. Y los que moran en suelo y clima tan feraz y tan variado como los de España, dueños, además, en el siglo XVI, por misterioso y supranatural accidente, de vasto y espléndido territorio sin explorar, donde prospera, como en ninguna otra región del mundo, lozana y exuberante flora, no habían de permanecer ociosos en estéril contemplación, sobre todo, del prodigioso espectáculo que el reciente descubrimiento de ambas Américas desveló de pronto á sus miradas.

Que se lanzaron animosos y alentados con la esperanza del triunfo por la nueva vía, abierta de pronto á su insaciable codicia de saber y anhelo por ensanchar el círculo de sus

---

(I) Véase la pág. 225 de este tomo.

investigaciones científicas, demuéstrole el Sr. Vallín en el capítulo VI de su libro, destinado á la sucinta reseña de los servicios prestados á la Botánica, pura y aplicada, por eminentes españoles, cuyos nombres sería tarea larga enumerar, y entre ellos, considerándonos obligados á citar alguno, por Nebrija, traductor y anotador de Dioscórides; por Gabriel Alonso de Herrera, que elevó la agricultura á la categoría de las ciencias, desviándola del carril tortuoso de la rutina; por Andrés Laguna, anotador también de Dioscórides, fundador en Aranjuez del primer Jardín botánico conocido, con aplicación á la medicina, y autor del *Vocabulario de las plantas*, todavía en aprecio de los eruditos, redactado en ocho distintos idiomas ó dialectos; por los hermanos Juan B. y Nicolás Monardes, médicos sevillanos, el primero de los cuales se ejercitó en la composición de una verdadera flora hispana, y el segundo en la de un tratado de las *Plantas medicinales de América*, de justificada celebridad en su época, y aun hoy no desprovisto de interés; por Cristóbal Acosta, peregrino por la India, Persia y China, cuyas plantas y minerales observó con minucioso cuidado y dió luego á conocer; por Simón Tovar, en todos sus muy variados estudios diligente y á la altura del primero, quien publicó en 1586 su muy meditado *Examen de los nuevos métodos de composición de los medicamentos*, y sostuvo honrosa é interesante correspondencia científica con ilustres botánicos extranjeros; por los historiadores de las cosas de Indias, que procuraron abarcar y exponer en maravilloso conjunto, sin omisión de los más curiosos y mínimos detalles, Fernández de Oviedo, Herrera y López de Gomara; y, en conclusión forzosa, por aquél, como tantos otros sabios de sobresaliente mérito, hoy casi olvidado, Francisco Hernández, á quien Felipe II confió el honroso empleo de escribir la *Historia de las plantas y animales de las Indias ó tierras de Occidente*: trabajo monumental, á cuyo desempeño se consagró por muchos años, y que logró condensar en quince libros en folio, enriquecidos de dibujos y pinturas de subido precio, de los cuales perecieron muchos, por suerte aciaga, en el incendio devastador de la biblioteca de El Escorial, ocurrido el año 1671. Por más que del estrago de las

llamas se salvase el recuerdo de su prodigioso saber y de su fecunda actividad, como para servir de ejemplo y estímulo á cuantos en cualquier tiempo se propongan imitarle.

Como quien camina por terreno feraz y ya desbrozado por agudos y laboriosos investigadores de la verdad histórica, en cuanto al mérito científico de los españoles concierne, muévase en este capítulo de las glorias nacionales indisputables el Sr. Vallín, erguido y satisfecho: persuadido, sin temor de que nadie ha de cerrarle el paso y cercenarle los honores del triunfo, que para la pobre y hoy maltratada España ambiciona.

## X

Y no menos gozoso y ufano se gallardea en el VII al reseñar, como prueba irrefutable de nuestra cultura científica en la centuria á que principalmente se refiere, la historia de las Universidades y Colegios, mayores y menores éstos, y entre las primeras la de Salamanca, en sobresaliente término; de la Casa y Tribunal de la Contratación, en Sevilla, fundada por los Reyes Católicos, como para poner punto final á las glorias de su reinado: institución singularísima, y centro al cual concurrían, y del cual salían también, armados de todas armas para emprender sus atrevidas y fecundas correrías y exploraciones por el mundo, los famosos matemáticos, geógrafos, cosmógrafos y navegantes de aquellos tiempos de pujante y avasalladora actividad, donde quiera que ésta se emplease; y de la Academia de Ciencias de Madrid, creada y amparada por Felipe II, bajo de la autoridad y dirección, dignas de universal acatamiento, del arquitecto insigne Juan de Herrera. Capítulo final, donde nuestro compañero concluye resumiendo en términos de arrebatadora elocuencia, que al lector ú oyente más apático y desengañado exaltan y conmueven, acelerando los latidos de su mezquino corazón, cuanto en los anteriores expuso y adujo en apoyo de su simpático tema, sostenido y alentado en tan fatigosa labor por elevado sentimiento de amor patrio, si por

acaso alguna ó más de una vez exagerado y ciego, como los más santos amores, nunca censurable.

Creeréis, señores, que con esto hemos concluído de recorrer y desflorar cuanto el libro del Sr. Vallín contiene: nada menos cierto. Quien se limite á pasar la vista por las ciento sesenta páginas del texto, y prescinda de las doscientas notas, en letra casi microscópica, que le ilustran y completan, diseminadas con pródiga mano por aquellas páginas, conforme las exigencias y rapidez de la narración lo piden, curiosísimas todas y de permanente y vivo interés muchas, haga cuenta que no ha leído cosa de gusto y sustancia. Y, aunque de todo esto se haya enterado despacio, si, por considerarlo como empalagosa difusión del mismo texto, omite la lectura reflexiva de otras notas y comprobantes de mayor empeño, agregadas á manera de apéndice al cuerpo principal de la obra, en corroboración y para mayor realce de lo que en ella se contiene, ni apreciará en su justo valor el mérito de tan atrevida y penosa composición, ni dispensará tampoco al autor la honra y estima á que se ha hecho acreedor por la perseverancia y diligencia con que ha procedido en el desempeño de su tarea, sin perdonar molestia, ni gasto pecuniario, ni trastorno perjudicial á la salud en el orden acompasado de su vida, durante algunos años de incesante batallar contra todo género de contratiempos y dificultades imprevistas, nada fáciles de vencer, hasta reunir el valioso caudal de noticias peregrinas y preciosos antecedentes para la historia de las ciencias en España, á libre y cómoda disposición de cuantos deseen utilizarle desde ahora.

Tarea aquella á que me refiero—¿por qué no proclamarlo ahora, cuando los más puros y delicados sentimientos del alma así lo piden?—ingrata y fatigosa, que nunca mi apadrinado en esta solemnidad académica hubiera logrado felizmente rematar, con daño manifiesto entonces de los varones ilustres, cuya buena memoria ha conseguido rescatar de las sombras, cada vez más impenetrables, del olvido, si, mientras á ello se consagraba, con ojos muchas veces velados por amargas y candentes lágrimas y el corazón acongojado por honda pena, no hubiera recibido aliento, para lle-

varla adelante, de la mujer amada y cariñosa, encanto y consuelo suyo en las tribulaciones todas de la vida, y cuyo único goce en su agonía, prolongada como de mártir y apacible como de santa, consistió en verle trabajar un día y otro día, á su lado siempre, en obra tan desinteresada y meritoria.—De aquel tan soberano y eficaz estímulo para no desistir y salir al cabo triunfante del atrevido empeño en que, cediendo á plausibles é impetuosas sugerencias del espíritu, como irreflexivamente se había embarcado, privóle Dios en hora tremenda. Pero no le privó del recuerdo, aunque aflictivo y punzante, consolador, de la que fué apoyo suyo y norte luminoso en su abrumadora correría por el mundo; ni de la tierna esperanza de penetrar, imitando en lo posible sus virtudes y compasivo proceder con los débiles y humildes, en la celestial morada donde le aguarda; ni del deseo vehemente de rendir cristiano, y como cristiano sencillo y provechoso, culto á su memoria: recuerdo, esperanza y deseo que todavía le alientan y prestan resolución y vigor para no desertar del campo de batalla, donde la existencia inquieta y trabajosa del hombre, esclavo de sus deberes, por disposición providencial ha de extinguirse; y que, como paliativo, ó incentivo más bien, de su dolor y noble empleo de sus postreros años de solitaria peregrinación por tierra ayer alfombrada de flores y hoy mustia y desolada, le han sugerido la piadosa idea de unir el nombre de la compañera ausente al de institución benéfica destinada por él, hasta donde el producto honroso de labor incesante y de su inteligencia y actividad de toda la vida alcanza, al alivio y redención de humildes seres en desgracia. Ejemplo digno de loa, que define de un solo trazo la condición humana de quien nos le da, y que no pide comentarios: más bien con ellos quedaría amortiguado y deslucido.

Y volviendo á mi tema, que seguramente me dispensaréis haya por breves momentos abandonado, por exigencias del corazón, á que nunca he sabido resistir, convendría en que no exagero en aquellas mis entusiastas y espontáneas apreciaciones, renglones antes consignadas, si descendiese á detallaros la materia que el Sr. Vallín ha condensado en ex-

tenso y muy valiosa apéndice á su brillante disertación académica, el cual no comprende menos de ciento cuarenta páginas de impresión, exageradamente compacta, aunque nítida y hermosa, y se halla distribuído en distintas notas ó disertaciones, de grata y provechosa lectura algunas, señaladas con las letras del alfabeto desde la *A* hasta la *R*: en totalidad, diez y ocho nada menos. Pero ante el temor de molestaros con exceso, aparto de mí la insidiosa tentación que á ello me instiga; reservo para una nota, beneficiosa, creo, para los lectores del libro, la reproducción ampliada del índice de este apéndice; y me preparo resueltamente á dejaros en paz, soltando mi torpe pluma de la mano.

## XI

No lo haré, sin embargo, antes de por breves momentos espontanearme con vosotros y de exponeros al desnudo cierto molesto escrúpulo que me atormenta desde que, en cumplimiento de obligación ineludible, la empuñé para mal borrarajar estos renglones, y que, á pesar de mi tenaz porfía por ahuyentarlo, me persigue obstinado, y más de una vez, sin advertirlo casi, os he dejado entrever al través de la hojarasca de mis frases. Sentiré que como nota melancólica y lacerante, destinada á empañar y deslucir la bien concertada armonía de esta fiesta, resuene en vuestros oídos lo que voy á deciros. Pero yo, sin rebelarme contra lo que la tiránica razón me dicta, no puedo remediarlo.

¿Será verdad, me pregunto, que los españoles poseen aptitud sobresaliente, y prácticamente demostrada en el transcurso de los tiempos, para el cultivo provechoso de las ciencias físico-matemáticas y naturales?—Esto para mí no tiene duda, y ni en tela de juicio pienso que deba ponerse. ¿Qué maldición pesaría sobre nuestra raza, en el supuesto contrario? ¿Qué extraña conformación sería la de nuestro cerebro si entre sus complicadas circunvoluciones y recónditos senos no hubiese capacidad holgada para alojamiento decoroso de aquellas ciencias? ¿Ni qué papel habríamos nun-

ca representado en el drama tan complicado y revuelto de la humanidad, en lucha perenne contra las miserias y dificultades de la vida, si los rayos de las ciencias de observación y experimentales, encendidos y sin descanso alimentados por el suave y fecundo aliento de la razón, no hubiesen alumbrado con luz esplendorosa nuestros horizontes y pres-tádonos auxilio para explorarlos en todos sentidos, y como por ensalmo conquistar cuanto dentro de su amplia linde atesoraban?

¿Será verdad también que en cuanto á cultura intelectual, y propiamente científica, en el sentido restringido que aquí atribuimos á esta palabra, rivaliza ventajosamente nuestro siglo XVI con el siglo del mismo nombre de la historia de las demás naciones europeas?—Tampoco yo, sobre todo después de la magistral argumentación aducida por el Sr. Vallín para demostrarlo, creo que sea asunto cuestionable. De donde para nuestros antepasados, como ya muchas veces complacido he tenido ocasión de manifestar, se desprende excelso título de gloria.

Pero ¿será asimismo verdad, y esto es, me parece, lo que el Sr. Vallín con mayor coraje defiende, que si rebuscásemos antecedentes en nuestros archivos y bibliotecas, allí arrumbados y condenados al olvido por incuria imperdonable y abandono merecedor de afrentoso castigo, y nos propusiésemos con febril ardor rehacer ó levantar desde los cimientos la historia general de las ciencias en España, habíamos de obtener brillante triunfo en parangón con las demás naciones, así en la antiguo, cuando el sol de la verdad pugnaba en vano por disipar las tinieblas del error que pesaban apretadas sobre el mundo, como en las épocas de extensa barbarie y también de amplia regeneración intelectual y de renacimiento á la vida civilizada, y casi, casi, en la edad moderna?

Así planteado, el problema cambia mucho de aspecto; y con perdón de nuestro buen compañero, cuyo sentir y pensar envidio y respeto, y sinceramente aplaudo, me parece algo peligroso, y algo peor que estéril, el empeño de embarcarnos en la titánica faena de resolverle.

Porque, una de dos: ó el Sr. Vallín tiene razón en lo que dice y pretende, ó no la tiene, y habla como militar veterano que, en el apacible retiro del hogar, refiere los triunfos, ciertos ó soñados, del ejercito en cuyas filas batalló, después de embriagarse mentalmente con el humo de la pólvora y el estruendo ya lejano de la pelea, y de olvidar los contratiempos y malos pasos de la guerra.

En este segundo caso, no imposible, ¡qué vergonzoso desencanto, si al cabo de la peligrosa jornada que nos invita á emprender, en la dirección y con el fin que nos ha señalado, nos hallamos con que hemos malgastado tiempo y dinero, la vida, en suma, persiguiendo engañoso fantasma, que se desvanece de pronto, y hasta desnudos de ilusiones nos deja!

Y en el primero y más probable., ¡qué vergüenza también y qué amargura por resultado del contraste inevitable que advertiríamos entonces entre la historia esplendorosa de nuestros abuelos, originales y grandes en todo, en sus aciertos y extravíos, y la historia humillante de sus nietos, reducidos á copiantes ó imitadores serviles, en escala mezquina, de lo que se piensa, discurre, proyecta y ejecuta en extraños países! Entre aquella historia, esculpida en la memoria de la humanidad, agradecida y asombrada, con tan profundos caracteres, que desafían la corrosiva y al fin destructora acción del tiempo, y esta historia lamentable de nuestros días, mucho mejor para callada, ó meditada con dolor en silencio, que para escrita y transmitida á las edades venideras.

No, por Dios: no aceptemos como bueno ó de verdadera utilidad el proyecto, en más de un concepto grandioso y halagüeño, con que el Sr. Vallín procura fascinarnos. Para honrar la memoria de los ínclitos varones que ya en traspasados tiempos florecieron en España y la elevaron en alas de su potente espíritu por cima de las demás naciones, rivales suyas, basta con lo hecho por él, imitando y completando la obra, meritísima por la intención y por la dificultad del desempeño, de otros ilustres escritores y sagaces investigadores de añejas hazañas y olvidados triunfos, que le franquearon la senda por donde animoso y con suerte feliz

ha caminado. En nuestra flaqueza y decaimiento lastimoso, por culpa de no sé quién, si culpa puede achacarse á nadie, tratándose de la producción de sucesos inevitables, cuya responsabilidad tal vez alcanza por entero á la masa social, entumecida por falta de levadura que la caldease y animase, durante varias generaciones, no imitemos al hidalgo, empobrecido y altanero, sin más oficio que el de pasear al sol su vanidad pueril y despreciable, y que, por toda gala y todo título al respeto de sus plebeyos, pero opulentos, contemporáneos, se pavonea y esponja con la necia ostentación de los polvorosos y carcomidos pergaminos de nobleza y dignidad, á punta de lanza y en porfiada y cruenta lid conquistados por sus preclaros antecesores.

Bueno que, para cobrar aliento y animarnos á la lucha, de la cual parece que descorazonados hemos en absoluto prescindido, volvamos de vez en cuando complacidos la vista atrás, y procuremos templar y enardecer nuestras almas con el recuerdo consolador de lo que fuimos, del cual dimana la seguridad de lo que todavía podemos ser, si desplegamos de nuevo las energías de raza, por nuestra suerte adversa, y como en castigo de nuestra falta de previsión y sobre de arrogancia, en mal hora aletargadas. Pero adonde hay que mirar es adelante; lo que hay que procurar, sin perdonar para ello afán ni sacrificio, es salir del atolladero donde nos vemos, por deplorable conjunto de circunstancias, embarrancados y cautivos; á lo que debemos aspirar es á escalar la montaña que nos oculta la luz del sol, y á dominar el horizonte que desde su cima se columbra. Y éste sí que es problema apremiante y de vital interés, bastante más difícil de resolver que el anterior: tanto que la solución, otra vez y con profundo desconsuelo lo confieso, ni en muy lejana lontananza la diviso.

Porque no lo desconozcamos ni disimulemos, que con negarlo ó cuestionarlo, mucho más se pierde que se gana: en el camino del progreso, las naciones que hoy dan la ley al mundo, como en el siglo XVI la daba España, llévannos inmensa delantera. ¿Quién las alcanza y aventaja en su vertiginosa y fecunda correría?

Cierto que de cincuenta años á esta parte los adelantos en ciencias matemáticas, físicas y naturales, puras y aplicadas, germen de los más estupendos descubrimientos en el mundo inorgánico de la matenia, por tantos lazos indisolubles empalmado con el del esqíritu; en artes bellas, arrobo de las almas, y en artes útiles, auxiliares de los seutidos, sumisos al impulso soberano de la mente, han sido considerables en España. Ciego será quien no lo vea. Pero ¿acaso las demás naciones han permanecido en este tiempo estacionarias? ¿Acaso la distancia que de ellas hoy nos separa no es mayor, en puntos de nuestra especial competencia por lo menos, de lo que días atrás era? ¿Por cuál descubrimiento, en la esfera amplísima de la pura teoría, ó de la experiencia, ó de las grandes aplicaciones, hemos conquistado puesto eminente entre los pueblos que han dado carácter especial y fama imperecedera al siglo XIX?—No me citéis algún ejemplo aislado, en contra de lo que, dolorido y apenado, os significo; porque de tales ejemplos ninguna consecuencia de importancia se desprende.

Y, mirándolo bien, de ejemplos excepcionales de esta especie, trabajosamente copiados á fuerza de revolver y torturar los anales del más refulgente período de nuestra historia patria, me temo que pudiera alguien sostener, con cierto asomo de fundamento, que está compuesta la narración del Sr. Vallín, en cuanto muy particularmente á las ciencias matemáticas y físicas atañe. Aunque muy de tarde en tarde, sabios matemáticos é ingeniosos físicos florecieron sin duda en esta tierra clásica y feraz de las ciencias religiosas, morales y políticas, de las tres llamadas nobles artes, de la amena literatura y elocuencia conmovedora y persuasiva, y de la arrebatadora poesía; pero ¿qué escuela fundaron? ¿Qué legión de aventajados discípulos produjeron? ¿Qué influencia ejercieron en la generación y espléndido desenvolvimiento de las demás ciencias, del robusto tronco de las matemáticas desprendidas y de su savia sustanciosa alimentadas? ¿Qué fruto de bendición, en suma, dió la semilla por ellos con mano imprevisora depositada, como si depositado la hubiesen á lo largo de senda descarriada, para

alimento de hambrientas y fugitivas aves; ó en estéril pedregal, falta de jugo; ó entre espinosas y enmarañadas zarzas y espesos matorrales, que la sofocaron al tiempo de brotar, y la cercenaron los vuelos del crecimiento, y privándola de la luz del sol y de las suaves caricias del aire, se opusieron á su conversión en lozana y vigorosa planta?

Suprimid del edificio, en siglos de incesante faena levantado por los matemáticos de todos los tiempos y países, los sillares labrados por los matemáticos españoles: ¿creéis que el edificio flaqueará por la base ó se cuarteará por algún lado, y se descampondrá la armónica y primorosa distribución de su conjunto?

Meditemos, señores, sobre estas varias preguntas, para mí de muy difícil ó muy poco satisfactoria contestación, y sin escatimar el aplauso al Sr. Vallín y á cuantos de sus generosos entusiasmos participan, concentremos el pensamiento y la mirada en el mísero estado actual de las ciencias en España, y formemos propósito valiente de contribuir á que vuelvan de su letargo y cobren vida fecunda y vigorosa. Hagamos algo en este sentido, para mostrarnos dignos sucesores de los españoles ilustres del siglo XVI, con derecho á participar en algún modo de su justa fama y de sus glorias. De lo contrario, la hermosa ofrenda que hoy nos presenta el Sr. Vallín, en vez de halagarnos y favorecernos, se convertirá para nosotros en testimonio acusador, irrefutable, de ignominiosa decadencia.

MIGUEL MERINO.





## LA ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL DE BAYONA

(Continuación) (I).

### VIII

El Municipio bayonés costea diez bolsas de media pensión para los estudios de segunda enseñanza del Liceo, que á razón de 450 francos cada una importan 4.500 francos anuales. Sostiene la Escuela especial de Música con un desembolso muy moderado; el director desempeña simultáneamente la plaza de profesor de violoncelo, cobrando 2.400 francos; los maestros de solfeo, violón, instrumentos de madera, de cobre y profesor de canto para varones no están dotados más que con 600 francos; el de las jóvenes con 800, otros dos auxiliares á razón de 300 francos, y con algunos gastos de material, sube el presupuesto total de la Academia á 7.500 francos, de los cuales paga el Estado 2.500 francos, y mediante esta subvención se ha transformado en Escuela nacional, siendo el nombramiento de director de incumbencia del Gobierno; concurren á sus clases 125 jóvenes de ambos sexos. La Escuela de dibujo y pintura tiene un solo profesor

---

(I) Véase la pág. 236 de este tomo.

dotado con 3.000 francos; cuesta su sostenimiento 4.650 francos y asisten 49 alumnos, y á la Escuela de dibujo lineal otros 47.

Las Escuelas de Artes y Oficios de San Sebastián y Bilbao suplen, en cierto modo, algunas deficiencias de la instrucción primaria y dan la enseñanza elemental de artes industriales, construcción, bellas artes y comercio, en mucha más vasta escala que en las márgenes del Adour. Se matricularon en el ejercicio de 1892-93, en la capital de Guipúzcoa, 543 alumnos y otras 148 jóvenes que cursaron las clases de dibujo, teneduría de libros, lenguas francesa é inglesa y confección de prendas, habiendo terminado el curso, en junto, 586. El Ayuntamiento invierte en este establecimiento 19.058 pesetas, recibiendo 4.000 pesetas de subvención del Estado y otras 4.000 de la Diputación provincial. En la Escuela de Bilbao se inscribieron en el curso de 1891 á 1892 en la sección industrial artística para obreros 797, de los que llegaron á fin de curso 492; á la enseñanza de ambas clases y á la mercantil para la mujer concurrieron y terminaron, respectivamente, 720 y 473, en el cursillo de verano; la profesional, que abarca los estudios industriales para jefes de taller y la preparación para las carreras, así como la pintura y la composición decorativa, tuvo 72 matriculados y 47 que concluyeron. Esta Escuela, que ha dado muy buenos resultados, se sostiene por mitades entre la Diputación provincial de Vizcaya y el Ayuntamiento de Bilbao, destinando cada corporación en el ejercicio actual 32.120 pesetas; pero hemos manifestado antes de ahora, con insistencia, que para proveer debidamente el desenvolvimiento fabril de Vizcaya y de las provincias hermanas, creando un personal facultativo aventajado, precisa, á nuestro juicio, organizar la enseñanza industrial con mayor vuelo, de cuyo proyecto han empezado á ocuparse algunos celosos diputados provinciales.

Figuran en el presupuesto municipal vigente de la referida Escuela de Artes y Oficios, por vez primera, 3.000 pesetas para subvencionar á los alumnos más aventajados, con objeto de que puedan perfeccionar sus estudios artísticos é industriales en el extranjero; aparte de este auxilio, sólo aparecen

en la relación de premios y subvenciones de Instrucción pública otras 500 pesetas para la Asociación de señoras encargadas de la enseñanza á las jóvenes obreras.

El estudio de la música instrumental se halla completamente abandonado en la villa invicta desde que se suprimió la Academia, lo cual constituye un vacío muy sensible, dada la importancia de la población y la aptitud de los naturales para el cultivo del divino arte. El éxito de la enseñanza de la música vocal en las escuelas primarias; los brillantes triunfos del laureado y victorioso Orfeón bilbaíno y los ejemplos de Bayona y de Pamplona deben impulsar al Municipio á la reorganización bajo sólidas bases de la disuelta escuela.

La ciudad de San Sebastián invierte, según hemos dicho, 35.270 pesetas en la banda municipal, cuyo reglamento le obliga á sostener una academia con clases de solfeo elemental, solfeo superior é instrumentos de banda militar, que se hallan á cargo del director, subdirector, solistas y profesores de primera de la banda.

Veamos ahora las instituciones similares de otras poblaciones francesas. En Niza costea el Estado la Escuela nacional de arte decorativo con ayuda del Consejo departamental y del Municipio, que contribuye con 23.800 francos anuales. Esta corporación invierte 4.800 francos en la Escuela de música, 50.000 en el cuerpo de ídem ó banda municipal, 6.250 en subvenciones á diversas Sociedades que cultivan el arte de Mozart y 19.000 francos en pensiones para los estudiantes del Liceo nacional, del Liceo de señoritas y del Seminario; Biarritz, que sólo tiene 9.177 almas, ayuda con 5.000 francos de subvención á L'Union musicale des Enfants. Entre nosotros se han concedido auxilios aislados y con determinado objeto á la brillante masa coral de Bilbao; pero esta agrupación artística es acreedora, á nuestro entender, á estímulos de carácter permanente mientras llene las condiciones que se estipulen al efecto.

## IX

Hay también otras dotaciones en las que nos aventajan mucho las ciudades francesas, y es que la cultura viene de atrás disfrutando de ambiente más propicio; pero todo se andará en estas provincias. Nos referimos á la Biblioteca municipal y á los Museos de Bellas Artes y de Historia natural, para cuya nueva instalación ha abierto el Ayuntamiento de Bayona un concurso de proyectos y va á invertir 320.000 francos en la edificación y mobiliario. La Biblioteca poseía en 1889 19.144 volúmenes, que el incendio dejó reducidos á 4.157, pero á medida que se cobran de las Compañías de seguros las cantidades convenidas, se ha ido reponiendo la librería, que consta actualmente de 11.000 tomos, entre los que hemos visto obras muy escogidas, mas los que se adquirirán con 32.000 francos de aquella procedencia y los 1.780 de la consignación anual del Ayuntamiento. El Museo de Historia natural contiene colecciones muy completas de los tres reinos, llamando la atención la de animales indígenas ó transeuntes de la región pirenaica: el de pinturas posee 80 cuadros, entre los que sobresalen *La resurrección de Lázaro*, *El buen samaritano* y *El martirio de San Andrés*, de León Bonnat, y los lienzos de Robert Fleury, Goricault, Mélida, Zo, Laboulaye, etc.; hay copias de Rafael, Velázquez, Murillo y Goya, y 30 grabados, bronce, mármoles y yesos, colecciones que están valoradas en 200.000 francos.

Se destinan anualmente á la Biblioteca pública de Niza 8.000 francos para personal y 5.900 por otros conceptos; á los Museos de pinturas é Historia natural 7.400 francos; al Ateneo y á la Sociedad de ciencias, letras y artes 3.500 francos, aparte de los auxilios antes citados para las agrupaciones musicales y las bolsas de los liceos.

Aun cuando no tiene dotado con largueza el Ayuntamiento de Barcelona el presupuesto de instrucción pública, considerado en su conjunto, destina la importante suma de 83.185

pesetas á Bibliotecas, Museos y Exposiciones, y 83.005 pesetas á premios y subvenciones de la Escuela de Bellas Artes, Escuela Superior industrial, Instituto Catalán de obreros, pensión Fortuny, otras cuatro plazas de pensionados, Real Academia de buenas letras, Conservatorio lírico del Liceo, Sociedad de Amigos del País, Junta de Damas, Ateneo obrero, Escuelas obreras, Asociación de plateros y *Gaceta Médico-Sanitaria*.

En las Provincias Vascongadas los ayuntamientos son pocos en esta clase de estímulos, y gracias que las Diputaciones provinciales de Vizcaya y de Guipúzcoa, comprendiendo su elevada misión, han empezado á impulsar su progreso artístico.

La Biblioteca de San Sebastián se abrió al público el año 1873; contiene cerca de 10.000 volúmenes, entre los que hay obras escogidas y curiosos manuscritos; se halla instalada provisionalmente en medianas condiciones por lo reducido del local, pero se piensa darle la capacidad necesaria, cuando se traslade el Instituto al nuevo edificio del ensanche de Amara; y no obstante su escasa holgura, la frecuentan unos 900 lectores por trimestre. Se inició en Bilbao la creación de tan imprescindible medio de cultura en 1877, desde cuya época se ha ido surtiendo paulatinamente, y se ha enriquecido también por compra de la librería del difunto secretario é ilustre escritor D. Camilo Villavaso; tiene 4.500 volúmenes, número exiguo para la capital de Vizcaya, siendo lo más sensible que no haya podido abrirse al público al cabo de tantos años, por falta de local, aunque podía haberse alquilado, como en Niza; pero ha de subsanarse en breve la falta, porque se subastaron en Julio las obras de las estanterías del Archivo y Biblioteca, que se instalarán en el piso segundo del nuevo palacio municipal. Hay además en Bilbao la notable Biblioteca de la Sociedad Bilbaína, de 8 950 volúmenes; la de El Sitio, de 1 850; la Diputación provincial ha empezado á formar la suya, y la del Instituto Vizcaíno, de 5.800; pero de todas ellas, solamente se halla abierta al público la última, y aun esto por condescendencia del señor Director y con ciertas restricciones, de modo que queda mu-

cho que hacer en tan importante materia para facilitar y estimular el estudio.

Sucede lo propio en punto á museos; el de pinturas, que se ha empezado á formar en la Escuela de Artes y Oficios, se halla en estado incipiente, y no se ha pensado todavía en formar colecciones para las industrias artísticas, ni tampoco se cuenta en la capital de Guipúzcoa con mejores elementos para el progreso del arte, mientras la modesta Bayona va á levantar un suntuoso edificio para instalar sus cuadros, grabados y la valiosa librería.

El Municipio de dicha ciudad fomenta en la medida de sus cortos recursos el cultivo de las ciencias y de las artes con diversos auxilios, obrando con mayor desprendimiento del que para análogo destino se estila aquende el Pirineo, salvo contadas excepciones.

Sostiene un alumno pensionado con 1.500 frañcos en la Escuela de Bellas Artes; invierte, según hemos visto, 4.500 en diez pensiones de estudiantes de segunda enseñanza; concede 400 anuales de subvención á la *Societé des Sciences et Arts de Bayonne*. Esta se creó en 1873 para promover el estudio de la Historia, de la Arqueología, Fisiología, Meteorología é Historia natural, agrupando las personas aficionadas al estudio y á las excursiones por el país para completar las colecciones de los museos, asociación que publica una revista con memorias interesantes, y los suscriptores realizan esta obra laudable luchando con las dificultades inherentes á trabajos tan desinteresados en una ciudad comercial y de mediana importancia. A las carreras de caballos se destinan 2.000 francos, 800 á la fiesta gimnástica, igual suma á la colonia sanitaria de las vacaciones, 500 á la Sociedad Náutica y la misma cantidad al Veloz-Club, etc.; pero lo más notable, dado el criterio que preside en España en estas materias, consiste en los fuertes auxilios concedidos allí al teatro, porque tanto el Estado como los Ayuntamientos consideran, en la nación vecina, como un deber la protección al arte en esta manifestación tan culminante de la cultura de cada país.

El Ayuntamiento de Biarritz, con el propósito de hacer

grata la estancia de los extranjeros en aquella elegante población, subvenciona no sólo á la Sociedad musical, sino que destina 4.000 francos á las cacerías del zorro, 3.000 á las carreras de caballos, 1.000 francos para el Law-Tennis y el Golf-Club, 1.000 francos á la Caja de ahorros y otros 1.000 á la Sociedad de salvamentos.

El Municipio de Niza destina 77.000 francos á festejos, 3.000 de subvención al Ateneo, 500 á la Sociedad de ciencias, letras y artes, 500 á la Sociedad de agricultura y aclimatación, concede 100.000 francos anuales de subvención al Teatro Municipal é invierte, por separado, 16.200 en su entretenimiento.

PABLO DE ALZOLA.

(Continuará.)





## LA REGENCIA <sup>(1)</sup>

---

### ORDEN ECONÓMICO DE ESPAÑA

---

Cuando se leyeron en las Cortes de Junio de 1886 los presupuestos del Estado, parecía que se prometía de todas veras encauzar la corriente desbordada de la Hacienda, y es indudable que se buscó un hombre con prestigio y con voluntad para hacer frente á los apasionamientos políticos y no conceder por ellos destinos á personas indignas por sus inmoralidades ó sus perezas, que es tanto como poner la administración en manos que la arruinan, porque la administración en tales manos corroe las entrañas sociales, y puesta la sociedad en peligro, ésta, por instintos de conservación, se defiende, y no faltan nunca almas generosas que estén propicias al heroísmo; se levanta robusta voz de protesta, pero el mal queda hecho.

Es claro que al tiempo hay que fiar el desarrollo de los sucesos, y por muy pavorosa que sea la borrasca, necesita horas, días, y á veces más que días, para el desarrollo del espantoso drama y terminación de sus estragos.

---

(1) Véase la pág. 263 de este tomo.

Como decíamos, la *Gaceta* de 13 de Junio de 1886 publicó el proyecto de ley de presupuestos de 1886-87. ¿Y qué se decía en la exposición dirigida á las Cortes al presentarlas un proyecto de ley fijando la dotación del Rey y de la Real familia? Pues se decía lo siguiente:

«Cuando en 1876 hubieron las Cortes de ocuparse de la dotación de la Casa Real, no pudieron dejar de tener presente las circunstancias críticas del Tesoro de una nación que acababa de sufrir hondas perturbaciones y en la que aún ardía la guerra civil; pero restablecida la tranquilidad y normalizada la administración durante el corto reinado del malogrado D. Alfonso XII, que tanto hizo para que su patria alcanzase la situación relativamente próspera en que la dejó, parecería equitativo que la dotación de la Real familia participase de esta ventajosa diferencia. El Gobierno, sin embargo, interpretando los generosos sentimientos de la virtuosa Princesa encargada de la Regencia del Reino, cuyo corazón no puede olvidar las calamidades que han afligido al país, é inspirándose en los principios de la estricta economía, que reclama aún el estado de nuestra Hacienda, se atiene, con ligeras modificaciones, á las cifras acordadas en 1876.»

Esta tendencia á mirar por el porvenir y á manifestar regocijo ante la esperanza de la prosperidad nacional, contribuyendo á ella el sacrificio del presente, nos recuerda las palabras de Champetier de Ribbes: «El hombre quiere vivir, y cuando siente escapársele su propia vida, busca revivir en la vida de otro ser. De cuyo modo se hace útil el hombre, el hombre moral y responsable, eminentemente social.» A cuya idea luminosa añade Verhriest: «El padre quiere revivir en sus hijos, el vecino en su municipalidad, el ciudadano en su nación, el sabio y el artista entre la humanidad.»

De cuyo modo se consigue que no haya decaimientos de ánimo, poner correctivo eficaz á los egoísmos individuales, obligar á los partidos políticos á que no dispongan arbitrariamente de la suerte de la patria y obligar á que los delitos se castiguen con el cumplimiento del Código penal. La idea

de la perpetuidad de los actos, la convicción profunda de que según sean ellos así pasarán á la posteridad, con calificativo infamante ó con palabras encomiásticas, el principio utilitario de dejar á una nueva generación obras que merezcan gratitud por las ventajas materiales que reporten á la generación que siga á la del patricio ilustre que, como Poncejos y Piquer, han dejado en Madrid memoria imperecedera de su filantropía y caridad. En esta corriente de sentimientos es en la que deben inspirarse los partidos políticos si quieren tener vida próspera y que la tenga su patria.

Y descendiendo á detalles, tomando de la política general de la primavera de 1886 la parte del orden económico que comprende la hacienda nacional y estudiando en concreto el asunto importante de los presupuestos del Estado, que abarcan los presupuestos de todos los ciudadanos, hasta el punto de que si en Inglaterra se disfruta de un bienestar del que estamos privados nosotros, y los Estados Unidos, no obstante su inmensa riqueza general, ha llegado á preocuparles que su hacienda nacional no marchase con todo el desahogo á que venía acostumbrado aquel país. España, no será nuestra patria respetada en el extranjero mientras no tenga presupuestos públicos nivelados.

El Ministerio de Hacienda en Junio de 1886 decía á las Cortes que el estado en que se encontraba la Hacienda pública «no era ciertamente satisfactorio por causas de todos conocidas y por accidentes y circunstancias ajenos á la voluntad de los que han regido el departamento del Ministerio de Hacienda.»

Que es tanto como hacer un cargo tremendo á la conciencia de la inmensa mayoría de los políticos españoles. Si éstos tuviesen conciencia en la esfera de la política, en cuya esfera parece que entran dejando al exterior hasta el último vestigio de la conciencia, y, por lo tanto, dentro de la esfera política imperan otros procedimientos, juzgados por sus efectos licenciosos. De ahí que la honradez no pueda imponerse á los avances de la audacia; con ésta se satisfacen muchas concupiscencias; ellas traen situaciones decadentes: con la decadencia se tiene el menosprecio. ¡Pobre España!

El Ministro de Hacienda decía:

«Los males exigen remedios oportunos que no consienten espera si no han de agravarse más, y comprendiéndolo así el que suscribe, se ha preocupado constantemente desde que se encargó de la dirección del Ministerio, por la confianza de S. M., de excogitar el modo de vencer las dificultades presentes para poder conseguir en breve período la regularidad y el orden de la Hacienda y del Tesoro, á la sombra de los cuales se desarrolla el crédito público de la Nación, necesario para el desenvolvimiento de su riqueza y una de las principales fuentes de su prosperidad.»

Desgraciadamente, estas fuentes principales de la prosperidad están en España con mucha frecuencia sin manantial.

Porque los intereses son antagónicos entre el partido político imperante y los generales de la Nación, pues como dice un escritor católico, los Estados no intervienen la mayor parte de las veces más que para servir á la política del momento, lo que se llama vulgarmente vivir al día. Cuando lo que importa es vivir en la realidad de los tiempos, que consiste en no renegar de la historia, enaltecer la contemporánea y preparar hermosos horizontes al porvenir de la patria. Ciertamente que de haberlo hecho así después de la guerra de Africa y de la última guerra civil, tendría España un poderío que hace tanta falta alcance nuestra patria.

Y esto no es una aspiración utópica ni una declamación patrioterica, es decir lo mismo que ha dicho en el año 1886 el Ministerio de Hacienda á la Representación nacional, cuya Representación, si sintiera verdaderamente todos los acentos delicados del amor patrio, si sintiera todas las simpatías que debe inspirar el patriotismo en su pureza, no romántico ni caballeresco, el patriotismo en su acepción más pura, aquel sentimiento que mantiene tranquila la conciencia, da voluntad para el trabajo, inspiración para las obras de arte y sabiduría para el perfeccionamiento científico; si como cuida el buen administrador de su hacienda, se cuidase de la del Estado, no cabe duda de que, habiendo seguido una marcha de buena administración desde el año 1881 á 1886, en este año no hubiera encontrado el Ministerio de Hacienda, al presen-

tar en Junio los presupuestos, motivo de censura para la política de los años anteriores, que censura fué.

Decía el Ministro en el año 1886: «Para romper la continuidad del *desequilibrio* en los presupuestos, que complicaría cada vez más las soluciones definitivas de la Hacienda, y atender por otra parte en lo posible á la extinción de créditos contra el Tesoro de época anterior, se ha acudido en primer término á un medio que no solamente satisface aquella necesidad, sino que responde á una idea de buena organización y de regularidad administrativa, reconocida por los más y reclamada por muchos, la cual queda desarrollada en el proyecto de ley de *Cajas especiales*.»

Ya veremos que esto no bastó para remediar males incurables, que incurable viene siendo el mal en España de sacrificar Ministros de Hacienda á la voracidad de la política. Y como quiera que el proyecto de las Cajas especiales significaba muy poco, ó tenía la gran significación de anunciar un plan de campaña contra la administración desordenada de los departamentos ministeriales, desorden que hacía inevitable la bancarrota, contra el plan de campaña se conspiró, y resultó en último término que los anuncios de economías fueron traduciéndose en el primer Ministerio de la Regencia en aumento de gastos en Gracia y Justicia y en Fomento, en Estado y en Ultramar, en Guerra y en Marina. Es verdad que para hacer esos gastos se despidió del Ministerio de Hacienda al Ministro que ofreció economías y que empezaba á dibujarse en sus planes la manera de hacerlas.

La verdad no se quería que resplandeciese. Venía aumentando el presupuesto de gastos en 25 por 100 más que el de ingresos, y se aumentaba éste sin tener á la vista los datos estadísticos necesarios, á fin de poder conocer el tanto por ciento de aumento que tenía la riqueza tributaria desde el año 1881, en que se quiso normalizar la situación del Tesoro, haciéndose el nuevo arreglo de la deuda. El Ministro que ofreció poner coto al abuso, moralizar la administración y mirar por el crédito nacional, vamos á estampar su presupuesto para que consten los números, que otra cosa no pudo hacer, derribado como fué violentamente de su elevado puesto.

Las bases del presupuesto de 1886-87 fueron las siguientes: «El pensamiento que debe desarrollarse, decía el Ministro, en el presupuesto del próximo año económico, es procurar las mayores economías posibles en los gastos no productivos, á fin de obtener con eficaz empeño, por medio del más enérgico impulso en la administración, productos superiores á los actuales de las contribuciones y rentas que existen, sin nuevos sacrificios del país, y no sólo extinguir el déficit del ejercicio actual para el inmediato, sino obtener algún remanente aplicable á satisfacer débitos anteriores por medio de la centralización de Cajas y aplicación al Estado de los fondos especiales.»

De donde se deduce que al finalizar el año 1885 el presupuesto del Estado iba *realizándose* con un déficit, que ha resultado ser en aquel año, después de una confrontación hecha por la Intervención general del Estado, de

798	»	millones de ingresos.
884	»	de gastos.
<hr style="width: 10%; margin: 0 auto;"/>		
86	»	de déficit.

Se quiso, en el presupuesto de 1886-87 enjugar ese déficit, para salir del día y procurar nuevos recursos al erario público, y se quiso esto, más que nada, por instinto de conservación de los partidos monárquicos, representados por conservadores y fusionistas. Como no se trataba más que de un instinto de conservación del poder de este ó del otro partido, ganar un año era mucho conseguir, pero ganado de mala manera no era evitar los acontecimientos, que era apresurarlos, con daño de los intereses generales del país.

Había que pagar en el año 1886-87 el déficit de 1885-86 de los 86 millones, la deuda flotante del Tesoro, que ascendía á 164 millones en números manifestados; cubrir el déficit natural del presupuesto de 1886-87, que se vió luego descender á 22 millones, y había que hacer frente á acontecimientos imprevistos que surgen siempre en la vida de los pueblos y que son tan frecuentes en pueblo como el español,

muy impresionable, muy imprevisor y muy descuidado en poner á raya los desmanes de la política; que si ésta es siempre caprichosa, había de querer serlo mayormente en un período de Regencia tan amenazado por las codicias de los republicanos y los desórdenes de los monárquicos.

Lo que se quiso conseguir con el arreglo de la deuda pública en el año económico de 1881-82, cuyos intereses ascendían á 267 millones, no pudo realizarse, puesto que en el presupuesto de 1886-87 hubo que pagar por intereses de deuda pública 273 millones.

La disyuntiva es tremenda para los partidos políticos que vienen turnando en el poder. Ellos ofrecieron nivelación de presupuestos; á contar de 1881 á 1886, no había que haber atendido á gastos extraordinarios, al menos de esos que son de verdadera importancia. Como ha podido verse en el movimiento mercantil, que resulta ser la

	Millones.		Millones.	Diferencia.
Importación en 1865.	406	En 1890.....	941	535
Exportación en 1865.	321	En 1890.....	937	616
<i>Totales.....</i>	<u>727</u>		<u>1.878</u>	<u>1.151</u>

Resulta una diferencia de 1.151 millones; ¿qué menos que calcular sobre esta base un aumento de riqueza en cantidad tal que pueda tenerse por cierta la existencia de un estado próspero del país, puesto que ese aumento es de más de doble del tráfico entre uno y otro año? Y si bien es cierto que no siempre ese aumento sea señal de beneficios líquidos obtenidos en las operaciones mercantiles, también es indudable que una parte de esas operaciones puede haber dado pingües beneficios. Además, no es sólo el aumento de riqueza mercantil lo que habrá que tener presente cuando el comercio es activo, adquiere importancia y toma un desarrollo de más de doble en cinco años. El comercio fué siempre y es ahora el motor de mayor potencia para el desarrollo de la riqueza, porque ésta por medio de un gran comercio trasmite actividad á la industria, la trasmite á la propiedad rústica inmueble y á la propiedad inmueble urbana. Que el au-

mento de edificación, los ensanches, que no dejan de tener cierta grandiosidad en poblaciones como Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Bilbao, San Sebastián y otras; el arte pictórico con sus magníficas creaciones, la ciencia con sus progresos. Todo ese conjunto de aplicaciones, hoy dotando de aguas potables, mañana instalando el alumbrado eléctrico, otro día fundando nuevos establecimientos benéficos, por todo ello claro se ve el adelanto que han tenido los intereses materiales en los años de la Regencia, si bien ésta no ha podido conseguir de sus Ministros responsables verles despojados del abuso del derecho para poder disponer del Tesoro público de buena manera. Que al fin por algún derecho se ha ejercido la autoridad ministerial, aunque más ó menos abusivamente.

Y no ha podido conseguirse evitar esto por los malos temperamentos que ha tomado el poder legislativo. En él la atmósfera resulta viciada; él, ensoberbecido por la debilidad natural de la Regencia; el poder legislativo, con menos razón que pasión, está dominante, los excesos sobrevienen. Disponer del crédito público se ha creído poder hacerlo impunemente, y se ha olvidado que todo derroche nacional merma la riqueza de cada ciudadano; haciéndolo así, más que tributar racionalmente, lo que se hace en realidad de verdad es una víctima de cada ciudadano por vejaciones sin cuento.

Que los cálculos por déficit del presupuesto de 1885-86 estuvieron bien hechos (aunque algo más ha resultado después) por el primer Ministro de la Regencia en el año 1886, se ha visto demostrado después por la Intervención general del Estado.

El cálculo en Junio de 1886 fué el siguiente:

- 24 millones déficit previsto en la ley de 24 Junio 1885.
- 33 » baja en los valores como sigue:
- 4.500.000 en la Dirección general de Contribuciones.
  - 4.700.000 cédulas personales, tarifas de viajeros y mercancías y por consumos.
  - 11.700.000 por las rentas de tabacos y loterías.
  - 6.100.000 en la Dirección general de Propiedades.
  - 6.000.000 falta de remesas de tabacos adquiridos con cargo al presupuesto de Filipinas.
- 24 » ampliaciones autorizadas por la misma ley de presupuestos.

---

81 millones; diferencia aproximada entre los gastos autorizados y los valores probables de las contribuciones, rentas y derechos consignados en el presupuesto de ingresos de 1885-86.

Éste fué calculado para los ingresos en 872 millones y para los gastos en 897.

Diez por ciento menos debieron presupuestarse éstos en el año 1885. Por lo tanto, al presupuestarse para 1887-88 849 millones de ingresos y 852 de gastos, se hizo un cálculo por demás equivocado. Y la prueba estaba en la demostración de déficits que arrojaban los presupuestos todos los años, déficits que los Cuerpos Colegisladores, y por consiguiente el país entero, de donde salían éstos, dejaban que existiesen, mirando con punible indiferencia cómo el cáncer dañaba más la riqueza pública.

La riqueza pública, como acabamos de ver, estaba en prosperidad, el 13 de Junio de 1886, por más, que los valores públicos se cotizaban de 59 á 60 por 100 el 4 por 100 perpetuo interior, las acciones del Banco de España valían 346 por 100. La suma de billetes en circulación era de 488 millones, y el cambio sobre París no estaba sujeto al quebranto que rige ahora.

ANSELMO FUENTES.

(Continuará.)



## LAS PRODUCCIONES NATURALES DE ESPAÑA <sup>(1)</sup>

El derecho arancelario impuesto al cáñamo no impidió que viniera de otros países el que se necesitare para la poca hiladura que quedó, la cual, privada de toda protección durante muchos años, ha sufrido injustamente un gravamen que á nadie favorece.

Mientras que las hilazas pagaron á su importación un 6 por 100, los cáñamos adeudaron un 10 y las estopas un 25 por 100, del que no se han utilizado los cáñamos nacionales por ser exiguo su consumo en el país.

Los Gobiernos y las Cortes deben estudiar la manera de resolver estos conflictos de intereses, que resultan sobre todo por los vicios de la ley.

De manera que, como ya hemos dicho en otras ocasiones, los agentes productores de la riqueza agrícola son, además de los conocimientos científicos necesarios para conseguir la mayor y mejor producción de los frutos que cría la tierra, otros de orden político, muy esenciales también, porque conducen á mejorar aquélla aumentando el consumo y acelerando el tránsito de los objetos de manos del productor á las del que los ha menester. Así, pues, las leyes que impidan ó

---

(1) Véase la pág. 253 de este tomo.

coarten la facultad de producir, dañarán al progreso de la riqueza.

No es de la índole de este estudio entrar en los detalles botánicos correspondientes á esta planta, que pertenece á las *Linneas*, de las que hasta 56 especies comprende De Candelolle en su *Prodromus*, representadas por yerbas ó arbustos originarios de la región mediterránea. El *lino usual ó común*, del que nos ocupamos aquí, es una yerba anual que se eleva poco más de 0,50 metros, teniendo un tallo sencillo algo ramoso en la parte superior; hojas lineares, lanceoladas, sentadas, enteras, con tres nervios longitudinales y de color verde un poco glauco; las flores terminales en la extremidad de las ramas son de un hermoso color azul y su fruto es una caja. Esta planta es originaria del Asia, de donde ha venido á cultivarse en todas las regiones más apartadas de Europa hasta llegar á connaturalizarse. «Es una cosa notable, dice de Thers, que los pueblos casi salvajes hayan conocido el uso del *lino*, cuya preparación complicada parece anunciar no pocos grados de civilización. También se ha reconocido que todas las naciones bárbaras salidas de los bosques de la Germania ó de la Escandinavia estaban vestidas de tela en el momento de su emigración.» Se cultiva en grande escala esta especie por sus tallos, de los que, como hemos dicho, se extrae la materia textil propia para hacer los tejidos más finos, y por sus semillas, que contienen una materia harinosa y aceite que se emplea en medicina y en las artes.

En la actualidad se cultiva en grande escala, sobre todo en Italia, en los departamentos del Norte de Francia, en Bélgica, en los bordes del Báltico, en Silesia y en Irlanda. Se conocen algunas variedades de este *lino*; Bose admitió tres: 1.<sup>a</sup>, el *lino frío*, ó de estío, que da muchas fibras, y es el cultivado sobre todo en Flandes y en Bélgica; de esta variedad se conocen otras subvariedades, como el *lino común*, que alcanza la altura de 0,70 metros; el *lino de Riga*, más elevado y que da las mejores hilazas, y el *lino de flores blancas*, que es rústico y da hilos más gruesos. La 2.<sup>a</sup> variedad es el *lino de invierno*, de tallos poco elevados, pero de semillas abundantes,

por lo que se le busca para producirlas; y la 3.<sup>a</sup>, ó *lino medio*, que participa de las propiedades de las otras dos, y es la que se cultiva en las provincias meridionales. Otros agrónomos, y entre ellos Mr. Demour, no admiten más que dos variedades, que distinguen porque la una se abre espontáneamente en la madurez la caja que forma su fruto, y la otra queda cerrada por ser indehisciente.

Prescindimos de hablar de la tierra que le conviene, de los detalles de su cultivo, de la siembra, de los insectos que le atacan, de lo que influyen en él los agentes atmosféricos, de la cosecha, de la enriadura, del agramado, de la manera de espadarlo y rastrillarlo, y otros asuntos que no tenemos espacio para tratar en un capítulo del que hablamos de otras varias plantas.

*Cáñamo* (*Cannabis sativa*, L).—Tiene importancia también este vegetal, por las aplicaciones que hacemos de las fibras textiles que se sacan de su líber.

En los lienzos caseros, telas fuertes, cordelería y varios hilados y tejidos se utiliza esta hebra resistente del *cáñamo*, dando origen á industrias que cuando se desarrollan en pequeño pueden servir para aprovechar el tiempo que no puede emplearse en las faenas del campo, creando de este modo nuevos valores que mejoran la situación económica del labrador, ó bien inspirándose en la idea de la división del trabajo, que tantas maravillas produce, ocupa ociosos brazos en la preparación de la fibra como materia primera de grandes fabricaciones.

El cultivo del *cáñamo* está llamado á formar un ramo interesante de explotación en España, y para ello debe estimularse su estudio y aprovechamiento en todas las situaciones y exposiciones que le sean propias en nuestras regiones agrícolas, no bastando los no muy grandes cultivos que tenemos en la actualidad en Murcia, Granada, Valencia, Castellón, Alicante, Albacete, Orense, etc., para satisfacer las necesidades del consumo. Tan cierto es lo que decimos que, según un informe de una comisión rusa, hecho en 1876 para organizar una exposición de máquinas de *cáñamo*, pudo saberse que la producción anual de esta materia textil se elevaba

entonces en Europa á 345.952 toneladas, repartidas como sigue en diferentes países: Rusia, 192.000; Austria, 43.952; Francia, 38.906; Bélgica, 19.056; Inglaterra, 17.088; Italia, 12.208; Baviera, 8.800, y los demás Estados, 7.328. Como se ve, no figuraba España en esta distribución, habiendo estado en otras épocas muy desarrollado su cultivo, alcanzando renombre desde luengos años algunos de sus *cáñamos*, como los de Balaguer y otros cosechados en las orillas del río Segre, que llegaron á competir con los de Bolonia, hasta merecer el privilegio de que se mandase surtir de ellos á la numerosa marina española de otros tiempos.

Siempre lo mismo: el atraso científico en que vive nuestro pueblo, causa de que su bienestar material sea tan escaso; el afán que han tenido muchos de nuestros gobernantes en saturarlo de derechos políticos que no aprecia todavía la generalidad, derechos de los que no hará buen uso ínterin no sepa más de lo que sabe y no posea mayores bienes y comodidades que los de que disfruta actualmente; el no derramar sobre el mismo esa instrucción tecnológica de la agricultura, artes y oficios, al mismo tiempo que dotarle de instituciones económicas fecundas y de medios de comunicación, en vez de distraerlo con agitaciones y revueltas, hace que se dejen de utilizar las fuerzas todas de la Nación para hacerla prosperar y obtener el rango que le compete entre las más civilizadas.

Á estas causas y á otras de que hemos hablado en nuestros escritos se debe que la España no produzca mayor cantidad de materias naturales que, como las textiles, debía tener para satisfacer precisamente á la industria de hilados, tejidos y estampados, tal vez el más importante ramo del trabajo nacional, el que más capitales acumula y pone en movimiento, el que tiene más mercados consumidores en la Península y en América, y después de la agricultura, el que más obreros sostiene. Porque, sin contar con otras localidades fabriles que la de Barcelona, tiene, además de la capital, centros de tanta importancia industrial como San Martín de Provensals, Sans, Manresa, Monistrol, Sallent, Gironella, Berga, Sabadell, Tarrasa, Mataró, Villanueva y

Geltrú, Igualada, Manlleu, Torrelló, Roda, San Quirico de Besora y Granollers, aparte de otros muchos pueblos donde, á orillas de los ríos, se levantan fábricas que trabajan de día y de noche, con la más perfecta maquinaria, aprovechando el agua como fuerza motriz, y muchas de ellas la electricidad para el alumbrado, sosteniendo todos estos establecimientos de Cataluña á más de 100.000 operarios, cuyos jornales representan un valor diario que pasa de 300.000 pesetas.

Si de otra manera se procediera y lográramos asegurar el resultado de la producción fabril española con las primeras materias sacadas de nuestro suelo, conseguiríamos al mismo tiempo satisfacer la necesidad, cada momento más evidente, de dar variedad al cultivo agrario, para encontrar unidad en el éxito de las cosechas y no hallarnos expuestos constantemente á peligrosos desequilibrios en la producción.

Estamos convencidos de que nuestras industrias de tejidos están hoy muy adelantadas; pero, desgraciadamente, la mayoría de ellas no se sostiene con las primeras materias que en gran cantidad podría proporcionarle el suelo de España. Y decimos muy adelantadas, porque sólo aquellos que no sepan lo bueno que se produce en nuestro país desconocerán que aparecen como importados del extranjero muchísimos artículos de buena calidad, acabado, perfecto y exquisito gusto en su parte artística, que lleva á las plazas mercantiles la industria catalana, por ejemplo.

Nosotros, que hemos tenido ocasión de conocer los esfuerzos hechos en estos últimos años por los fabricantes de Cataluña, que no han perdonado sacrificio alguno para implantar nuevos procedimientos y luchar en la ruda competencia que vienen sosteniendo, podemos hablar de esta manera, recordando para comprobarlo las grandes fábricas de Batlló, España Industrial, Ferrer y Vidal, Ricart, Sedó, Baladía, Puig y otras más que como oscuro visitante admiramos no hace mucho tiempo, entusiasmándonos al no echar de menos en ellas ninguno de los más perfeccionados procedimientos que se encuentran en Manchester y en Mulhouse.

El *cáñamo* ha sido colocado por algunos botánicos en la

familia de las *Urticáceas* y por otros en la de las *Cannabíneas*. Planta dioica, ó que tiene los sexos masculino y femenino separados en distintos pies, sirvió por esta particularidad á fines del siglo pasado al célebre botánico español D. Antonio Martí para sus estudios prácticos sobre la fecundación de los vegetales.

Esta planta, originaria de Persia, fué desde muy antiguo cultivada por los chinos, por el pueblo judío, por los árabes y por los antiguos griegos y romanos, habiendo sido estos últimos los que la introdujeron en Europa y dado á conocer en España durante su dominación.

Es un vegetal anual que adquiere mayor ó menor altura; solidez y finura de la fibra, según los climas, terrenos y cuidados del cultivo; tiene el tallo erguido, sencillo ó ramoso, pubescente, áspero y constituido el líber por fibras textiles; hojas palmeado-partidas, opuestas y pecioladas; flores masculinas, colgantes, dispuestas en pequeños racimos opuestos, ramosos, formando una larga panoja en el ápice del tallo; flores femeninas sentadas y aglomeradas en espiga en el ápice del tallo y ramas.

Son tres las variedades que se conocen del *cañamo*: la vulgar ó *Cannabis Indica*, espontánea en Tong-Dong, la *Gigantea*, ó del Piamonte y Bolonia, y la *Asiática*, que no se cultiva en Europa.

Puede conseguirse esta planta desde la región de la caña dulce hasta la de la vid, debiéndose esta particularidad á la extraordinaria rapidez de su crecimiento, puesto que nace y se desarrolla por completo en tres meses y medio. De aquí procede que en las zonas húmedas y templadas y en las de veranos calurosos y con riego prospere con más facilidad y sus productos abunden extraordinariamente. No sucede lo mismo en las localidades de veranos cortos, donde produce menos, si bien su fibra es más fina, pero no tan larga. En España se han podido comprobar prácticamente estos resultados ensayando su cultivo, por ejemplo, en Oñate, Guipúzcoa, Albacete, Ciempozuelos é inmediaciones de Aranjuez, á orillas del Jarama, y en Málaga. En el primer punto sólo constituía verdadera cosecha en las exposiciones al

Mediodía de las huertas situadas en el plano de la población, es decir, en verdaderos climas físicos ó locales, pues á medida que se ascendía á puntos más elevados, ya no era posible dicho cultivo. En Albacete, en la misma capital, y en una huerta que fué algún tiempo campo de prácticas de la cátedra de agricultura, se consiguió de muy buena calidad, así como en Ciempozuelos, no siendo tan bueno el cultivado en el Jardín Botánico de Madrid, en donde parece le faltaba el elemento calizo. En Málaga, en el Jardín del Instituto, alcanzó algo más de dos metros de altura, habiendo sido su crecimiento mucho más rápido desde el momento de iniciarse la florecencia.

Sucede algunas veces que los terrenos que mejores *cañamos* producen no continúan así andando el tiempo, pues llega á bastardearse la semilla, dando por resultado plantas é hilaza de malas condiciones. Por esta razón, los valencianos y granadinos van, en varias ocasiones, á buscar á diferentes puntos otras semillas con el objeto de regenerar la que ellos tenían, y suelen ser las localidades de Tobarra, Hellín y otras varias de Albacete y aun de Murcia, donde se dirigen los primeros, llegando los segundos á Guadix en busca de la especialidad de este producto. También existen algunos terrenos, y éstos son los yesosos, en que, produciéndose en ellos una hilaza de buenas condiciones, su semilla, sin embargo, no degenera tanto y puede cultivarse en los mismos terrenos, que la siguen dando muy selecta, para destinarla á simiente de otras zonas.

Como no nos hemos propuesto ocuparnos en estos escritos de los detalles concernientes al cultivo de estas plantas, prescindimos de hablar de los abonos que necesita el *cañamo*, de la recolección de su cosecha, del enriado ó emponzoñado, de su composición química y de los enemigos que le atacan. Sólo para concluir, recordaremos que los *cañamones* nuevos son de un hermoso color gris plateado; que al partir sus granos se ve que el meollo llena perfectamente la cascarilla, y que dicho meollo es blanco, y cuando se machaca suelta un mucílago blanco también. Cuando son añejos tienen una almendrilla encogida que se desprende fácilmente

de la cascarilla, y la sustancia que la constituye es más seca y no tan blanca.

*Ortiga mayor ó urente* (*Urtica doica*, L.).—Pocas plantas indígenas habrá que sean más comunes, más útiles y también más desdeñadas que la *ortiga mayor*. Sus pelos pican menos vivamente que los de otras especies; sus hojas las comen las reses vacunas con mucha avidez, como si instintivamente buscaran en ella el aumento de su leche, que este efecto les produce, sus tallos, quemados á mitad de primavera en zanjás dispuestas para el caso, dan una cantidad de potasa considerable, y finalmente, aquellos mismos órganos cortados ó mitad de verano y enriados después, dan una hilaza que casi no es inferior á la del cáñamo ó del lino. Esta última propiedad industrial de tan interesante planta, que es á la que particularmente nos referimos aquí, parece que no se ha tenido muy en cuenta en nuestras provincias donde mejor se desarrolla, y á ello se debe el que su cultivo no se haya practicado, desconociendo ú olvidando que fué utilizada desde los egipcios como planta textil, y que Olivier de Serres dejó dicho que en «Francia se hacían preciosas telas con la esquisita fibra de la ortiga.»

Esta planta se emplea también en Suecia, y la Sociedad de agricultura de Angers hizo hace mucho tiempo diferentes ensayos que patentizaron la utilidad que podía proporcionar su cultivo, pues las telas que se fabricaron con sus fibras se prestaron mejor al blanqueo que las hechas con las procedentes del cáñamo. Estos resultados tan provechosos no han sido confirmados por todos; así es que algunos la consideran como inferior á las demás textiles, mirando á su cultivo con menos interés. Si esto fuera cierto, porque no hay igualdad de pareceres, es la verdad que tiene otras grandísimas ventajas, pues la Sociedad de agricultura citada hizo ver que para su cultivo podían destinar todos los propietarios aquellos lugares inútiles de sus fincas, como son los fosos, las orillas de los caminos, los montones de piedras que se sacan de los campos y viñas, los barrancos, suelos arenosos, pendientes rápidas, etc., todo en fin lo que no fuera tierra buena. De esta manera podrían conseguir la primera materia

para el lienzo de su uso, pudiendo reservar, por consiguiente, para la venta pública la totalidad de su cáñamo y su lino. También con ella se puede fabricar un excelente papel, como lo probaron primero que nadie los directores de una fábrica establecida en Leipsick.

Como planta alimenticia de ganados, es preciosa por ser extremadamente precoz en su vegetación, y todo el mundo puede convencerse viéndola aparecer en primavera antes que otras forrajeras, dejando casi de florecer cuando la mayoría de las gramíneas comienzan á entrar en savia ó desarrollarse: á la *alfalfa*, que es la más temprana de todas las plantas forrajeras, la adelanta en más de un mes. Los suecos cultivan las ortigas desde tiempo inmemorial para alimentar á sus ganados y obtienen con ellas grandes ventajas. Ninguna intemperie las molesta, hasta el punto de que se ha dicho que la recolección de estos vegetales no puede faltar jamás.

*Carqueixa ó lavacuncas* (*Genista tridentata*, L.).—Con el nombre primero, que es el vulgar, se conoce en Galicia una *retama* que, como todas las especies del mismo género, pertenece á la familia de las Leguminosas.

También la *retama macho*, *ginesta*, *retama atocha* (*Genista odorata*, L.) se indica en esta región de España, aunque la *atocha* es planta espontánea de las localidades áridas y secas, y así no lo son la mayoría de las de Galicia.

De todas maneras, como pudiera tener algún interés el conocimiento de las utilidades que se alcanzan con la *retama macho*, ya que en Orense se halla con otras especies del mismo género que tienen cualidades análogas, vamos á apuntar algo referente á tan precioso vegetal.

La *ginesta* ó *retama* es una planta que alcanza frecuente, mente en nuestros climas una altura de cerca de dos metros—poseyendo ramas verdes, lisas, flexibles y provistas de hojas pequeñas y poco numerosas, puntiagudas y delgadas; en el mes de Mayo se cubre de hermosísimas flores amarillas de un olor agradable, muy buscadas por las abejas.

El valor más importante de la *retama* consiste en la facilidad y economía de su cultivo y en que crece utilísimamente en lugares estériles, cálidos, áridos y pedregosos. Sus

ramas, al mismo tiempo que resistentes, son muy flexibles y se amoldan perfectamente á diversas obras de mimbrería, capachos para la aceituna, más sólidos que los de junco; se utiliza igualmente en la formación de asientos que exigen poca finura, se emplea también para la fabricación de cuerdas para la marinería, en usos domésticos y en la confección de la cartulina. Este producto ofrece, pues, un filamento con el cual pueden formarse con métodos especiales tejidos de algún valor.

En las provincias meridionales de Italia, y especialmente en Calabria y en Basilicata, así como en Francia, se extrae de las ramillas de esta planta una materia aprovechable para tejer un lienzo basto.

A. DE SEGOVIA Y CORRALES.

*(Continuará.)*





## LA CELESTINA (\*)

Tanto es así, que si estudiamos detenidamente las dos obras que nos ocupan, surge inmediato el paralelo que existe entre dos de sus principales personajes.

Los caracteres de Yago y Celestina son hermanos, especialmente en la perversa tercera que se presenta á Melibea, virgen casta que pierde su pureza por aquella vil rufiana, de igual modo que Otelo pierde á Desdémona por aquel terrible y despiadado alférez.

Los caracteres de Yago y Celestina corresponden á un género mismo; de idéntica repulsión, de igual antipatía se apodera nuestro espíritu al identificarse con estos dos personajes hipócritas y traidores, cuyas venales pasiones y caracteres funestos de tal modo están descritos y con tanto acierto sostenidos, que en un principio dudamos quién raya á mayor altura, si el dramaturgo inglés, maestro inspirado y vigoroso, ó si el bachiller modesto, débil al par que inexperto.

Shakespeare vierte raudales inagotables de su ingenio en el teatro, pero la pauta es de Rojas; Shakespeare concibe (ó recoge) un pensamiento grandioso de terror ó de odio, de conmiseración ó dulzura, y le estudia y le planea, le des-

---

(\*) Véase la pág. 245 de este tomo.

arrolla y modifica si es preciso con toda calma y quietud, es decir, arroja la semilla y cultiva la flor como experto jardinero, pero sin permitirse recoger el fruto, si no á su debido tiempo; cuando resulta sazonado y sabroso.

Rojas concluye *LA CELESTINA* para distraer los ocios de unas cortas vacaciones, sin otro objeto que rendir tributo á su primer autor, sin otras miras que las de dejar á su corazón desbordarse en todas las afecciones que le embargan y con ellas á todos los sentimientos de amor y poesía que animan su espíritu y á todas las sensaciones heróticas que estremecen su carne; porque la obra de Rojas se halla escrita con toda la ingenuidad de sus años juveniles, y todas estas condiciones, todas estas circunstancias reunidas conceden desde luego cierta supremacía á Rojas si le ponemos en parangón con el escritor inglés.

Atrevida es sin duda esta opinión; mas como expone don Nicolás Antonio, para que no se diga que preocupados de excesivo amor á nuestra patria exageramos los méritos del escritor que nos ocupa, séanos permitido valernos de la expresión con que lo recomienda el insigne erudito Gaspar Bart, cuyo elogio es como sigue:

« .....libro divino verdaderamente, escrito en español por autor incierto á manera de drama, es el titulado *CELESTINA*; lleno de tantas y tan importantes sentencias, ejemplos, comparaciones y consejos para ordenar bien la vida, que cosa igual tal vez en ninguna otra lengua se posea. Es verdad que la castellana es tan grave y sonora, el estilo del autor tan elegante y correcto y su dicción tan escogida y armoniosa..... que pocas obras podrán competir con *LA CELESTINA* en gala, en primor y pureza. Nada diré tampoco del talento particular que prueba para describir los caracteres de las personas que intervienen en la acción, porque basta considerar la propiedad de los dichos de cada actor, la oportuna aplicación de sus sentencias al propósito del discurso y la conformidad de todas las partes con el fin principal de la fábula, para conocer que en el desempeño de los requisitos más difíciles de una composición dramática ninguno de los antiguos poetas griegos y latinos le han aventajado al escritor español» (13).

Por su parte, el sabio Schek considera nuestra obra como extraña producción semidramática y seminovelesca, de éxito tan portentoso que mereció los honores de la traducción á todos los idiomas, y puede considerársela como libro europeo.

Collier (*Historia de la literatura y del arte dramático en España*) dice: que se ha llamado á esta trágicomedia una obra original de primer orden, porque no existe otra alguna de su género; opinión que el docto alemán califica de errónea, porque entiende que la obra española es una imitación de la comedia atribuída á Ovidio (*Pamphilus de documento amoris*), la cual le sirvió de modelo, aunque es muy superior á ella en todos conceptos, y añade, realizó tan perfectamente su propósito, ofreciendo un cuadro de los extravíos de la pasión, para escarmiento general, con un diálogo tan perfecto, unido á caracteres tan sabia y vigorosamente dibujados, que llegaron á ser los modelos de muchos dramaturgos del siglo XVI y aun posteriores.

En efecto, el Sempronio de Cota y Rojas, como dice Roque Barcia, es el *gracioso* de plantilla en la comedia de capa y espada, CELESTINA, es la antigua dueña con la toca de obligación y el rosario que cuelga hasta medio de la falda de donde viene la *característica* actual; *Calixto y Melibea* representan el *galán* y la *dama*, dechados perpetuos de la comedia sucesiva, tanto en aquellos tiempos como en el día de hoy.

Cuando se tienen en la mano los múltiples hilos de la erudición nacional, se ve claramente que la trágicomedia forma una línea, la cual comprende desde *El entremés de las aceitunas* hasta el *Don Álvaro ó la fuerza del sino*. ¡Tal y tan grande fué la trascendencia de aquel libro monumental! LA CELESTINA echa la llave al famoso siglo de Don Juan II.

No pueden negarse, dice aquel autor extranjero, notables recursos de imaginación, ni grandes talentos dramáticos á poetas que forman aquel plan, y que, sin embargo de su sencillez extremada, lo desenvuelven en veintiún actos. No hay palabras bastantes para encarecer como se merece el valor poético de esta obra. Resplandece en ella un gran ingenio en la exposición; la ridiculez y perversidad humanas se

presentan á nuestra vista en toda su deforme desnudez; los caracteres, aunque tomados de la vida ordinaria, están trazados con mano maestra, sin que se confundan jamás; el lenguaje de los amantes es fogoso y apasionado; el oficio de la rufiana nos hace ver una maravilla, que únicamente puede encontrarse en los escondites de aquellos tiempos, mientras que el diálogo, vivo ejemplo de belleza poética, tiene momentos de tan apasionada osadía, que llega á ser inimitable. Casi siempre se rinde homenaje á las costumbres de aquellos siglos, al propio tiempo que se les da animación y vida; y todo esto, juntamente con las excelencias indicadas, infunde tal placer, que casi se olvida por completo la seca y demacrada historia que la malicia lee en su fondo. Todas estas dotes hacen de la trágicomedia una obra muy preferible á las muchas imitaciones que le siguieron. Si el drama nacional había de elevarse á grande altura, menester era seguir el camino marcado por aquellos ingenios singulares, aprendiendo á trazar planes dramáticos, sin salir de la verdadera región de la poesía, en cuyo sentido puede asegurarse que aquel drama informe fué el modelo que contribuyó más eficazmente á que saliera de su infancia el teatro español.

Así se explican hablando de nuestra hermosa obra los autores alemanes, haciendo justicia á esas glorias de la literatura española, que tan altas colocaron nuestras letras, y tanto es más de agradecer justicia tan señalada, cuanto que escritores franceses, que no queremos citar, cuidan muy bien de señalar los defectos de nuestro inimitable libro y de callar sus bellezas.

Afortunadamente, pese á quien pese, lo que «brilla, brilla.»

Como ya hemos dicho, no es una composición dramática que pueda ser leída sin un detenido estudio, porque si bien su fin es funesto y sangriento, si la catástrofe es sencilla, si ésta depende de escasos sucesos y comprende pocos personajes, sujetándose estrictamente á las prescripciones que establece la dramática para esta clase de obras literarias, aun cuando sigamos con placer verdadero paso á paso su interesante fábula, si la leemos ligera y superficialmente no podremos apreciar de un modo positivo su escrito, porque hay que

tener en cuenta que carece, *de propio intento*, de ese vivo interés, de esa vena dramática, de esa rudeza de expresión (aunque no de esa brutalidad de color, digámoslo así), de que antiguos escritores nos dan cuenta, al hablarnos de la *Andrómaca* de Eurípides y *La Troade* de Sófocles; la *Medea* de Séneca y el *Prometeo*, de Mecenas; y es, porque LA CELESTINA de Cota y Rojas, así como el *Edipo* y el *Hipólito* del célebre filósofo cordobés, son tragedias destinadas más bien á la lectura que á la representación teatral, y no tienen por objeto conmover el ánimo por medio del error, ni presentar grandes luchas y contrastes de pasiones, ni en el trascurso de la acción se pretende herir las fibras del sentimiento con emociones de ternura infinita ante las adversidades, si bien pone de manifiesto lo importante, lo indispensable, que no ha de omitirse en toda alta tragedia, que es sublimar las pasiones en su más alto grado, haciendo que las cuerdas del sentimiento se hallen próximas á estallar.

No, no es éste el objeto de LA CELESTINA, y por lo tanto el crítico no puede ni debe echar de menos tales omisiones si ha de ser, como aconseja Monlau, severamente imparcial, cerrando la puerta á toda prevención, á todo espíritu de escuela, no menos que á toda sugestión de la vanidad ó de la envidia. Fíjese atento el lector, repetimos, en el fondo de la composición, en la bella disposición de los incidentes, en el sentido estético, en la perfecta conformidad del escrito con la naturaleza, condición precisa á toda obra literaria verdaderamente bella, y no podrá menos de embriagarse con la filosofía de sus profundos pensamientos, con lo provechoso de sus máximas, con la verdad inconcusa de sus sentencias; esto por lo que respecta al fondo de la composición, y en cuanto á la superficie, en la fluidez de la forma, en los escauceos de su lenguaje castizo, dulce y cadencioso cual ninguno, y lo decimos así porque LA CELESTINA forma un capítulo de la historia de la lengua española, según opinión de un erudito bibliófilo.

Hablando del idioma de su patria en el siglo XVI, dice el mismo autor á que nos referimos, le llama Víctor Hugo lengua renaciente ó del renacimiento, porque el espíritu re-

generador se veía entonces doquier, así en la lengua como en las artes. El gusto romano bizantino, añade, que por el grande acontecimiento de 1454 refluyó en Occidente é invadió por grados la Italia desde la segunda mitad del siglo XV, no llegó á Francia hasta principios del XVI; pero al instante se apoderó de todo, irrumpiendo por todas partes é inundándolo todo... La lengua fué una de las primeras cosas que se resintieron, llenándose de palabras latinas y griegas, y la antigua habla gótica desapareció bajo un caos sonoro de palabras homéricas y términos virgilianos. En aquella época de embriaguez y entusiasmo por la antigüedad letrada, la lengua francesa hablaba griego y latín como la arquitectura; pero con un desorden, un embarazo y un encanto inexplicables, formando un bellissimo tartamudeo clásico; era una lengua en la cual se veían la palabra griega y la voz latina tan á las claras como las venas y los nervios en un cuerpo desollado.»

Pero si esto sucedía con el idioma francés, no acontecía lo propio con el castellano en el siglo á que el ilustre Víctor Hugo se refiere, pues ya había recibido con media centuria de anterioridad, por su contacto íntimo con Italia, refugio del pueblo griego, derrotado y deshecho por las huestes del terrible Mahometo, un nuevo gusto, una pauta nueva en las artes liberales y en las humanas letras, y el lenguaje castellano no pudo menos de sufrir la influencia greco-latina, que se manifestaba de una manera ostensible, no ya en los escritos de esta época infinitamente superiores á cuantos los habían precedido, sino también en el lenguaje vulgar.

Es más: hundido el imperio gótico en las aguas del Guadalete, é invadido el suelo ibérico por el poder africano, las relaciones continuas, el trato íntimo si se quiere entre árabes y españoles durante el largo período de ocho siglos, no pudo menos de enriquecer ambos idiomas, cada uno de los cuales aceptaba del contrario la frase más adaptable, más flexible ó más hermosa; pero preciso es confesar no eran los islamitas los que, así como en las armas, llevaban en este sentido, como en otros muchos, la victoria.

JAVIER SORAVILLA.

(Continuará.)



## SANTIAGO ARABAL

### HISTORIA DE UN POBRE NIÑO

Mis recuerdos alcanzan á cuando yo tenía unos cuatro años. Por esa época acababa de perder á mi madre y vivía solo con mi padre, pescador rudo que me amaba tiernamente.

Ero yo entonces un muchacho fuerte y robusto que, apenas vestido, me pasaba el día en la playa jugando con otros chicos de mi edad. Curtido por el sol y el aire del mar, mi rostro hacía singular contraste con mis cabellos rubios y mis ojos claros. Iba sucio, harapiento, descalzo siempre y no recordaba haberme puesto sombrero jamás.

Cuando mi padre volvía de pescar, me encerraba en la pobre casa con él y me hacía acostar en su mismo lecho, después que cenábamos frugalmente.

Había detrás de aquellas paredes un huertecillo dividido por una valla en dos; la mitad nos pertenecía y la otra mitad era de la casa de al lado. En ésta vivía una mujer á la que nunca conocí más que por la Roja; no sé cuál sería su nombre. Era también viuda y había perdido un niño de dos

años. En su lugar estaba criando, desde hacía próximamente uno, á una niña que le habían traído de la ciudad vecina y por la que le pagaban una pensión.

La Roja cosía y planchaba en las casas, dejando casi todo el día sola en el huerto á la criatura, á la que á horas fijas iba á dar el pecho ó alguna sopa fría y sin sustancia.

Como yo no estaba en casa más que por las noches ó cuando iba á comer, no es de extrañar que apenas conociese á mis vecinas. Pero á los dos años de muerta mi madre, y cuando contaba ya seis, observé que aquella mujer, en la que antes ni me había fijado, se acercaba á mí con frecuencia, me acariciaba y me daba alguna golosina. Mi carácter salvaje me había hecho huir al principio de ella, pero aquellos bollos con que me obsequiaba, y que yo no había comido nunca, le granjearon al fin mis simpatías. Por la noche le contaba á mi padre lo que la Roja me había dado por la mañana ó por la tarde.

Un día que me había quedado solo, como de costumbre, en vez de irme á la playa, se me ocurrió bajar al huerto en persecución de un gato que había visto entrar. En el jardinillo de al lado estaba la niña, que contaba unos tres años, llorando con el mayor desconsuelo. Como su llanto me molestase, la mandé callar y, no viéndome obedecido, cogí un pedazo de ladrillo que había en el suelo y lo tiré á la cabeza de mi vecinita. Sus gritos fueron entonces más lastimeros y, llevándose una mano á la frente, la retiró teñida de sangre.

No sé lo que pasó por mí; tuve vergüenza de haber maltratado á aquel ser débil é indefenso que me miraba con temor con sus negros ojos bañados de lágrimas, y saltando la valla, lo que no ofreció la menor dificultad para mí, me encontré al lado de la niña. Hasta aquel momento no la había mirado siquiera. Era encantadora; con sus cabellos castaños formando caprichosos bucles, su tez de una blancura deslumbradora que el cierzo no había podido curtir, su boca pequeña adornada de diminutos dientes y sus ojos de pura y bellísima expresión. Llevaba una camisa de tela muy gruesa, que dejaba al descubierto hombros y brazos, y una

falda de percal bastante estropeada. Sus pies descalzos tenían algunos rasguños, lo mismo que sus piernas.

—Mira—me dijo enseñándome la mano manchada de sangre,—límpiame esto.

La cogí en mis brazos sin que opusiera la menor resistencia y, acercándome á un barreño casi lleno de agua, lavé la herida de su frente primero y la mano después, secándola con un pañuelo. Al contacto del agua lloró más, pero luego se serenó pronto, como ocurre á los seres que no tienen costumbre de ser consolados. Me miraba con ojos asustados y sin atreverse á huir.

—¿Cómo te llamas?—le pregunté.

—Rosa—me contestó.

—Eres una rosa muy linda.

—Rosa linda—repitió.

Y éste fué el nombre con que se quedó para siempre.

Registré mis bolsillos, y habiendo encontrado una rosquilla de las que me diera la Roja y que guardaba para la merienda, la puse en su mano.

—¿Es para mí?—preguntó con timidez.

—Sí—le dije,—mañana te traeré otra, y pasado, y al otro y siempre.

—¿Como ésta?

—Ó mejor.

—¿Mejor?

—Sí. ¿No las comes en tu casa? ¡Pues si me las da la Roja!

Hizo con la cabeza una señal negativa y después, sentándose en el suelo, partió la rosquilla, me dió un pedazo muy pequeño, que no me atreví á rehusar, y se comió el resto, cuidando mucho de no mancharse.

Desde aquel día no pasó uno sin que viese á Rosalinda y la hablase. Perdido el temor que le causé al pronto, fué poco á poco tomándome cariño, y aquella pobre desheredada se consideró dichosa al verse amada y protegida por un amigo. Por mi parte sufrí un cambio total; lo que había en mí de brusco y de salvaje se dulcificaba al lado de aquella infeliz niña que vivía en la soledad y el abandono. Rosalinda tenía

instintos elegantes y no tardó en hacer que me avergonzara de los harapos que me cubrían y de mi suciedad. Todas las mañanas me daba un baño en el mar, y antes de ir á ver á la niña, sacaba mi traje de los días de fiesta, que ya me estaba muy corto de pantalón y de mangas, para presentarme delante de ella. De esto resultó que cuando llegó el día del patrón del pueblo mi padre vió mi ropa tan deteriorada que no se atrevió á llevarme con él á la procesión.

La Roja solía volver á su morada á las dos, para dar el resto de comida de las casas donde cosía ó planchaba á la pobre niña; ésta lo tomaba todo frío y junto en una cazuela, como se acostumbra á hacer con los gatos. Por la noche cenaba poco más ó menos lo mismo; lo único agradable para ella era el desayuno, que se componía de una taza de leche y un pedazo de pan muy moreno. No trataba la Roja ni bien ni mal á la criatura, á la que veía poco; le bastaba con que viviese y poder atestiguarlo para cobrar la pensión que mensualmente le entregaba un hombre vestido de negro. Rosalinda había aprendido á andar y á hablar gracias á una vecina que iba todas las noches á visitar á la Roja, y que se había compadecido de la niña enseñándole ambas cosas. Completé sus lecciones, y pronto mi amiga pudo seguir una conversación conmigo.

Pasaba yo á su huerto después que su nodriza se marchaba y permanecía allí tres ó cuatro horas. Le llevaba conchas y caracoles, con los que jugaba, porque tampoco tenía otra cosa con que hacerlo. Á nadie hablaba de mi conocimiento con la niña, y seguramente no se hubiera averiguado si Rosalinda, á la que contaba cuanto hacía en la playa, no hubiese manifestado deseos de ir una mañana conmigo. Fácil me fué, cogiéndola en mis brazos, hacerla pasar al otro lado de la valla y salir al campo una vez que se encontró en mi huerto. Iba ella con el temor natural del que nunca se ha visto ante tanto espacio y entre gente, pero yo la levaba de la mano y me figuraba que con mi protección tenía bastante defensa.

La vista del mar le causó un profundo asombro mezclado al pronto de terror.

La marea, que estaba muy baja, dejaba al descubierto unas peñas en las que nos sentamos. Mojaba con delicia sus pies en los charcos de agua salada y cogía las conchas que nos arrojaban las olas al estrellarse cerca de nosotros. Varios muchachos se bañaban, pero yo no me atrevía á hacerlo por no dejar á Rosalinda sola.

—¿Quieres tú bañarte?—le pregunté.

—Contigo sí, con esos chicos no—me contestó.

Y es que los niños, que no la conocían, la miraban con ese descaro propio de la infancia que no tiene para qué ocultar sus sensaciones cuando hay algo que excita su atención.

—¿Quieres que yo me bañe?—proseguí.

—No, porque te irás lejos y me quedaré sola.

Renuncié por ella á echarme al agua, y comprendiendo que se hacía tarde, traté varias veces de llevarla á su casa.

—No, déjame un poquito más—me decía.

Entretenidos en jugar, no habíamos observado que la marea iba subiendo.

Una ola llegó hasta nosotros, y hubiese arrastrado á la niña si no hubiera tenido tiempo de separarla tomándola en mis brazos, pero no pude evitar que la mojase; su ropa y la mía estaban completamente caladas.

—Vamos á casa—le dije.

Y llevándola de la mano echamos á correr.

Cuando llegamos la hice acostar en el lecho de mi padre y mío, y puse la ropa en el huertecillo para que se secara. La mía se secó con el calor de mi cuerpo, pero no era esta la primera vez que me ocurría. Habíamos perdido la noción del tiempo, y cuando llegó la Roja no encontró á Rosalinda en su jardín. La vi buscar por todas partes, y cogiendo las pobres prendas que solían cubrir á la criatura, se las llevé á la alcoba para que se vistiera. Estaba dormida y me costó trabajo despertarla. Entre tanto oía la voz de mi vecina que gritaba:

—¡Santiago! ¡Santiaguito!

Indudablemente no sospechaba de mí. Tardé en acudir para dar lugar á que la niña se vistiera, y al fin salí al huerto.

—¿Has visto tú á la chiquilla por algún lado?—me preguntó visiblemente alterada.

Tuve que decir parte de la verdad; esto es, que se hallaba en mi casa, que la había hecho pasar para que jugase conmigo. Pero ella con maña siguió interrogándome y no tardó en averiguar todo lo ocurrido.

—Tráemela—me dijo cuando dejé de hablar.

Fuí en busca de Rosalinda, que se resistía á seguirme, y la acerqué á la valla alzándola para que la Roja la cogiese.

—¿No te había dicho que no salieras nunca de casa?—le preguntó.—¿No sabes que soy responsable de lo que pueda sucederte? ¡Estás helada y vas á coger un mal! Pero yo te haré entrar en calor.

Y dicho esto, empezó á golpearla con tal furia que la pobre niña, tan paciente de costumbre, lanzaba desgarradores gritos.

No sé lo que pasó por mí; me cegué y tiré á la Roja cuanto hallé á mi alcance; luego salté la valla y la pegué con toda mi fuerza con pies y manos.

La Roja soltó á Rosalinda, que fué á refugiarse en un rincón del huerto, y mirándome con una expresión de cólera que no olvidaré jamás, exclamó:

—Tú me las pagarás, y más pronto de lo que supones.

Aquella tarde no volvió á salir de su casa y esperó sentada á su puerta que mi padre regresara. Poco me importaba que le dijera lo ocurrido; mi padre era bueno y alabaría que hubiese tomado la defensa del débil. En esto me esperaba un cruel desengaño. Apenas llegó y se enteró de lo que había pasado, me castigó haciéndome sentir por vez primera la fuerza de sus manos.

—Es menester que le mandes á la escuela—dijo la Roja—hasta que pueda ayudarte á trabajar.

—Mañana mismo le pondré—contestó mi padre.

—Es que, si no, hazte cuenta de que no existo y todo acabó entre nosotros.

Vagamente comprendí el sentido de estas palabras, porque ignoraba lo que todo el pueblo sabía: que la Roja había logrado hacerse amar de aquel pescador rudo desde la época

en que trató de atraerme dándome golosinas. Su imperio era tan grande sobre él, que no necesitaba ya fingir cariño al hijo para dominar al padre.

Desde el siguiente día fuí á la escuela; tenía por aquella época unos ocho años y aún no sabía nada. Allí aprendí en poco tiempo á leer de corrido, á escribir mal y á contar bien.

Los domingos solía ver un rato á Rosalinda, porque también iba la niña los otros días al convento, donde las monjas habían empezado su educación. Cuando ni ella ni yo teníamos clase nos hablábamos por el huerto, pero sin saltar la valla por temor á que llegaran la Roja ó mi padre y nos viesan juntos. Yo le enseñaba mis premios, que consistían en estampas, y ella los suyos, que eran medallitas doradas que llevaba con un cordón al cuello. Iba mejor arreglada que antes, con un vestido de percal, una especie de blusa á cuadros negros y blancos, y llevaba medias y zapatos. Yo también había mejorado de traje y usaba calzado, porque en la escuela no me hubieran admitido de otro modo. Rosalinda estaba más bonita cada día, pero yo veía cómo aumentaba su tristeza y adivinaba que la pobre niña necesitaba, como los pájaros, aire y libertad. Al preguntarle si me quería en diversas ocasiones, me respondía siempre:

—Más que á nada ni á nadie, porque no quiero en el mundo sino á ti.

¡Pues y yo! Hubiese dado mi vida por ella y mis pensamientos volaban hacia aquella angelical criatura á todas horas, sin que su imagen se borrara de mi mente jamás.

Entraba en la escuela á las nueve, salía á las doce, comía con mi padre en cualquier figón, en el que estábamos citados, y volvía al colegio desde la una hasta las cinco. Al regresar un día encontré en la plaza un entierro. En un féretro descubierto llevaban á una niña de siete á ocho años, vestida de blanco y coronada de flores. Su rostro del color de la cera, sus ojos cerrados, su boca que dejaba ver los blancos dientes, el cabello rizado, ignoro si naturalmente ó por la mano de las que la habían amortajado, adornándola para ir á la tumba, me hicieron pensar en mi pobre Rosalinda y las lágrimas acudieron á mis ojos.

—¡Dios te bendiga, rapaz!—me dijo una mujer.—Buen corazón tienes cuando lloras los dolores ajenos.

Iba acompañando á la muerta y siguió su camino. Yo miré el cortejo fúnebre, compuesto de algunos hombres con capa, algunas jóvenes con mantilla á la cabeza y varias niñas de la edad de la muerta, que llevaban las cintas que pendían de la caja. La indiferencia con que estas criaturas miraban á su compañera me hizo daño. Si Rosalinda hubiera muerto, ¿podría acaso sobrevivirla yo?

Fuí aquella tarde á esperarla á la salida del colegio, para lo que dejé de ir á la escuela, porque tenía que abandonar la clase después que ella. Á las cuatro y media la vi entre algunas niñas, y ya me iba á acercar, cuando una voz hirió mi oído exclamando:

—Yo le diré á tu padre que haces novillos.

Era la Roja, que cosía en un piso bajo cerca de la ventana.

Mi padre, en efecto, me castigó, y no volví á faltar á la escuela.

Allí estuve hasta que cumplí los once años. Por esa época, el hombre que hasta entonces había pagado puntualmente la pensión de Rosalinda no volvió á parecer, y la nodriza decidió que, si en el plazo de seis meses no le daban dinero ninguno, metería á la criatura en un asilo, porque ella no la podía mantener. Es verdad que la Roja trabajaba sin descanso para ahorrar algunas monedas que la ayudaran á pasar el día de mañana su vejez, que no tenía nada sobrante, aunque era arreglada y económica; pero esto no me hacía comprender cómo podría separarse sin pena de aquella niña angelical que tenía al lado suyo desde hacía ocho años.

Había visto muchos domingos á las huérfanas del asilo que salían á pasearse al campo en compañía de algunas religiosas. Me parecía que todas tenían el mismo rostro pálido y ojeroso; recordaba á muchas con los ojos malos, las veía feas, con sus trajes antiartísticos que les llegaban hasta los pies, aunque fuesen muy pequeñas, unos pañolitos negros á la cabeza, como negro era asimismo el vestido, cual si llevasen el luto de ajenas culpas. Caminaban de dos en dos, sin poder separarse para correr junto á las otras, y se me

oprimía el corazón al pensar que mi Rosalinda fuese entre ellas y como ellas.

Como había dejado de asistir á la escuela, iba á pescar con mi padre, y esta vida era mucho más de mi gusto que la que llevara hasta entonces, Era mala, en verdad, penosa y corríamos algunas veces grandes peligros; pero aquello me importaba poco, quería el trabajo rudo para mí y el bienestar y el descanso para Rosalinda.

Hallábase á punto de cumplirse el plazo que la Roja había fijado para separarse de la niña, y el hombre que pagaba antes las pensiones no había vuelto. Rosalinda me hablaba de esto las raras veces que tenía ocasión de verla, y lloraba sin cesar porque iba á separarse de mí y ya no podría más que mirarme de lejos. El temor que su nodriza le inspiraba era mayor cada vez, y no se atrevía á decirle que no la abandonase por Dios.

Una tarde que estaba el mar más alborotado que de costumbre, cuando íbamos á embarcarnos, me dijo mi padre:

—Santiago, no quiero que hoy vengas conmigo; hay un peligro que correr y prefiero no llevarte.

—¿Eso que importa?—le repliqué.—Si usted me faltase, ¿qué sería de mí? Más vale que nos ahoguemos juntos.

—En eso te sobra la razón, muchacho—murmuró;—pero insisto en que no vengas.

No tuve más remedio que obedecer.

Dos ó tres horas después estalló una terrible tormenta.

Las mujeres de los pescadores acudían á la iglesia para implorar la misericordia divina. Nada más angustioso que el llanto de las unas, los suspiros de las otras y la muda desesperación de las más. Luego corrieron á la playa, llevando varias á sus pequeñuelos, cuando la tempestad se calmó un tanto. Yo iba con ellas, y como ellas miraba hacia el mar para ver si volvía la lancha de mi padre. Era ésta bastante vieja y se llamaba *Candelaria*. No sé cuánto tiempo pasamos así. A la tormenta había sucedido una calma completa, y los pescadores podían regresar de un momento á otro, sin correr ya el menor peligro. Entonces vi á la Roja que acudía á la playa.

—¿Y tu padre?—me preguntó con ansiedad.

—En la mar—le contesté.

—¿Solo?

—Con Benito; no quiso llevarme.

¿Amaría aquella mujer realmente al pobre pescador al que había procurado atraerse, cuando él no había fijado la atención en ella? Parecía tan conmovida como yo, y no se apartaba de mi lado.

Poco después divisamos á lo lejos varias barcas; todos nos acercamos á la orilla y no tardamos en oír decir:

—Esa es la *Carmen*, ésa la *Joven Amalia*, ésa la *Bilbaína*.

En cambio la *Candelaria* y la *Carlota* no parecían; en esta última había salido un marinero con su hijo y su yerno.

El segundo, triste y abatido, venía en la *Joven Amalia*, cuyos marineros habían logrado salvarle de una muerte segura.

—¿Y tu padre y tu cuñado?—le preguntaron.

—Muertos, sin duda, y perdida la barca,—contestó como si sintiera por igual aquellas desdichas.

—¿Y Vicente Arabal?

—Muerto también. Benito se ha salvado en la *Perla*, que vendrá después, porque le llevábamos alguna delantera. La *Candelaria* ha quedado inservible, pero era vieja.

Al oír la noticia del fin desastroso de mi padre no pude contener un grito desgarrador, al que siguieron los sollozos de la Roja. Me abrazó, y yo, olvidando mis resentimientos con aquella mujer, mezclé mis lágrimas con las suyas.

JULIA DE ASENSI.

(Continuará.)





## LA CONQUISTA DE TETUÁN

---

(*Conclusión*) (I).

### II

Aún no formado en el Oriente el día,  
ni con la reja del arado dura  
el tardo buey la tierra removía,  
ni cruzaba el pastor por la llanura,  
ni el pájaro en la rama se movía,  
ni despertaba el eco de las selvas  
el áspero ladrido,  
ni el ronco son del caracol torcido;  
cuando las trompas llaman á la guerra,  
haciendo estremecerse cielo y tierra.

Más que por arte, tiene el campamento  
del bárbaro enemigo  
en el mismo terreno su defensa;  
la montaña le da seguro asiento,  
con la ciudad á un lado por abrigo,  
la espalda libre de importuna ofensa;  
y en la parte del llano,  
que hace frente al ejército cristiano,  
le sirven de trinchera,  
sin otra fuerte levantada á mano,

---

(I) Véase la pág. 293 de este tomo.

vallado de zarzales y de tunas,  
cual de un foso, ceñidos por doquiera  
de ciénagas, pantanos y lagunas.

A expugnar este campo atrincherado  
el español se apresta, dividido  
el ejército todo en tres legiones;  
Prim rige la primera, gran soldado  
fantástico, arrogante, audaz y fiero,  
del valor indomable  
del antiguo almógavar heredero;  
parece un fiel trasunto  
de aquel bravo Roger de doble gloria,  
que lleva al brillo de sus hechos junto  
el de la pluma, que escribió su historia.  
La segunda la manda Ros de Olano,  
ilustre capitán, grave y prudente,  
hombre de letras, orador galano,  
que honra á la madre patria juntamente  
con el agudo ingenio y con la mano.  
La tercera le ha sido encomendada  
á Ríos, adalid osado y diestro,  
de buen sentido y de cortante espada  
y en ardides de guerra gran maestro.

Ordenadas las haces,  
el grave O'Donnell á mover empieza  
las tropas que, ocupando la llanura,  
van con marcha segura,  
al aire desplegadas las banderas,  
y al son de los clarines y tambores  
y músicas guerreras,  
al punto señalado en el combate.  
Por la derecha mano  
del enemigo toma Ros de Olano,  
y Prim, lleno de heroica confianza,  
seguido de sus tercios catalanes,  
de frente al campo atrincherado avanza  
Y á contener el ímpetu y los bríos  
de la africana audaz caballería,  
que en actitud amenazante observa,  
en el reducto de la Estrella, Ríos  
aguarda con las tropas de reserva.

¡Oh, momento fatal! Hora terrible  
es la hora que precede á la batalla;  
volando entre las filas invisible  
va escogiendo sus víctimas la muerte;

al más osado y fuerte,  
si de cerca lo mira,  
vago terror y desaliento inspira,  
y aun de aquel que se aleja  
tristes ideas en el alma deja.  
¡Ay! Entonces se viene al pensamiento  
la vana sombra del país natío,  
y pasan por la mente del soldado  
su cabaña mirándose en el río;  
el perro, siempre alerta,  
haciéndole caricias á la puerta;  
sus padres, en las tardes del estío,  
sentados á la sombra de la parra;  
el ganado paciendo en la llanura,  
la doncella bizarra,  
á quien cogía en la mañana flores,  
y por la noche, en tonos de dulzura;  
le decía á la reja sus amores;  
la fiesta del domingo bulliciosa,  
el son de la campana  
de la aldea cercana...  
Pero truena el cañón, y á su estampido,  
como aves espantadas,  
en tropel huyen juntas las memorias;  
el viento estremecido  
repite el eco ronco; el mar cercano  
el sordo ruido de sus ondas calla,  
y el águila, olvidada de su vuelo,  
atenta sólo á la feroz batalla,  
inmóvil queda en la mitad del cielo.

Como en tarde de estío tormentosa,  
súbito rompe en espantoso trueno  
negra nube, arrojando impetuosa  
el rayo y el granizo de su seno;  
así, cubierto de humo y fuego ardiente  
el campo alarbe enfurecido estalla,  
y truenan de repente  
las roncas espingardas y cañones,  
con recia lluvia de letal metralla,  
y no paran los fuertes batallones  
que á tomar la trinchera van derecho,  
con frente erguida y valeroso pecho.  
Al cañón africano  
pronto responde, en áspero rugido,  
el bronce castellano,

y el fusil español tampoco tarda  
en dar respuesta cruda á la espingarda.

Cuando entre ambos ejércitos había  
ya tan corta distancia, que podía  
llegarse á la trinchera  
en breve tiempo, con veloz carrera,  
—«¡Pronto á la bayoneta!»—O'Donnell grita,  
y en su heroico ardimiento,  
toda la furia y el valor de España  
sobre el moro espantado precipita.

Como tropel de leñadores rudos  
entra en el bosque, con el hacha en mano,  
y á sus filos agudos  
vienen á tierra con estruendo vano  
el alcornoque y la robusta encina,  
y cuando el recio pino y eminente  
la cortante segur al tronco siente,  
luego la copa vacilante inclina,  
y el álamo frondoso  
cae, y su rama verde,  
herida por el golpe rigoroso,  
toda su pompa y hermosura pierde,  
y el cedro, que lindaba con el cielo,  
convertido en vil leña cubre el suelo;  
de tal modo en el campo atrincherado  
entra furiosa la española gente,  
derribando feroz con hierro airado  
cuanto halla enhiesto, firme ó resistente.

A millares caían abatidos  
infantes y bizarros caballeros,  
y los más atrevidos  
á caer eran siempre los primeros.

Nada resiste al español coraje:  
con el brazo desnudo,  
que trae la muerte en el alfanje corvo,  
atrás tirado el cándido ropaje,  
avanza el negro de semblante torvo;  
y en singular combate brazo á brazo,  
le parte el duro corazón sin miedo  
la acicalada punta de Toledo.

Y el árabe ligero en la pelea,  
con el caballo más veloz que el aire,  
cuando el rudo acicate le espolea,  
y que juega la lanza con donaire,  
herido muere por la diestra mano

del andaluz ó el leve valenciano.  
Como fiero león, que á sus cachorros,  
para saciar la sed y la hambre juntas,  
de la ancha herida en los calientes chorros,  
les muestra los estragos de su garra;  
tal, sembrando la muerte en su camino,  
en alto la terrible cimitarra,  
se arroja el beduino,  
á quien el humo de la sangre ciega,  
con loca furia y ostentoso alarde  
en lo más crudo de la atroz refriega;  
y al encuentro le sale, de ira ardiendo,  
ávido de vengar al muerto hermano,  
el catalán brioso, que le clava  
la bayoneta, y con su furia acaba.

Por todas partes dan gallarda muestra  
de valor los feroces combatientes;  
y cada vez más brava la palestra,  
con la cristiana sangre va la mora  
mezclada en crecidísimos torrentes;  
cuál, cortada á cercén la diestra mano,  
arrebatado en ira vengadora,  
con la siniestra empuña el hierro insano;  
cuál, el acero roto en mil pedazos,  
al enemigo ahogar quiere en sus brazos;  
y si los brazos en la lucha pierde,  
en rabia loca con furor lo muerde.

Como en la plaza agarrochado toro,  
por el hierro y el fuego embravecido,  
lo mismo lidia el español que el moro,  
más que morir, temiendo ser vencido.  
Y atruena el rebatir de las espadas  
con destreza y empuje manejadas.  
¡Cuánta escena de muerte! En mil maneras,  
por la mano homicida  
la vigorosa juventud lozana  
pierde, cortada en flor, la dulce vida.  
Los miembros destrozados,  
esparcidos ó juntos,  
ofrecen triste y espantoso vista;  
y el paso de los vivos los difuntos  
impiden en montones hacinados.  
Las cabezas, del tronco separadas  
por el cortante alfanje ó la gumía,  
están con fieros ojos espantadas

al matador mirando todavía.  
Y en medio de este campo de matanza,  
en vigoroso ataque decisivo,  
O'Donnell como un rayo se abalanza,  
llegándole los muertos al estribo;  
y desde aquel instante la fortuna,  
sujeta á la española bazarria,  
abatió las banderas de la luna.

Como grullas, que vuelan á bandadas,  
como por fuerte vendaval barridas  
las hojas de los bosques marchitadas,  
como olas de un torrente embravecidas,  
desbándanse las huestes agarenas,  
de pánico terror y enojo llenas.  
Todo es en unos confusión y espanto,  
en otros insultante regocijo;  
en unos ayes de mortal quebranto,  
en otros roncas voces de alegría,  
subiendo hasta los cielos juntamente  
palabras de ira, de contento y pena,  
y sobre el gran tumulto, el insolente  
grito del vencedor, que el aire atruena.

Libre deja la tierra  
de la contienda el enemigo bando,  
y sube por la sierra,  
cubriendo los lejanos horizontes,  
como cabras huídas por los montes.  
Y quedan en poder de los cristianos  
armas, banderas, tiendas y cañones;  
de los príncipes moros  
los ricos pabellones  
de azul y de escarlata,  
con profusos adornos de oro y plata;  
alfombras turcas, mantas y jaeces  
de Tafilete, Fez y Berbería,  
arneces tunecinos,  
bellas armas y objetos peregrinos  
de niel, filigrana y ataujía;  
y por doquiera gózanse los ojos  
en la africana ruina y sus despojos.  
Todos rivalizaron en bravura  
en esta heroica y singular hazaña:  
allí no hubo primero ni segundo;  
para asombrar con su valor al mundo  
aun quedan hijos á la madre España.

¡Ilustre O'Donnell! ¡Que tu nombre sea  
venerado y eterna tu memoria!  
Tuya es la inmensa gloria  
y el lauro inmarcesible de este día;  
el alma fuiste tú de la pelea,  
y nadie te ha excedido en bizarría;  
ningún corcel brioso  
delante puso el pie de tu caballo,  
ni brazo vigoroso,  
con la punta acerada,  
llegó á rayar más alto que tu espada.

## III

En su manto de sombra envuelto el mundo,  
la noche descendió sobre la tierra,  
triste velando con su horror profundo  
el horror de la muerte y de la guerra.  
Rugía airado el proceloso viento,  
no se alcanzaba el más ligero asomo  
de luz en el oscuro firmamento,  
denso como una bóveda de plomo.  
Ya sin defensa, Tetüán en tanto  
las horas de su fin cercano cuenta,  
entre las sombras y el nocturno espanto,  
como un buque varado en la tormenta.  
Ningún rüido en su interior se oía,  
y sólo envuelto en su alquicel, en vela,  
como una vaga sombra se veía  
por el muro cruzar el centinela.  
Todo en silencio al parecer reposa:  
el judío avariento  
allí esconde á los ojos importunos  
el oro esquivo, que á poder de ayunos  
juntó en las arcas con afán prolijo;  
allá en el sueño manso,  
junto al regazo de la tierna esposa,  
el duro labrador halla descanso;  
allí la tierna madre recelosa,  
á quien desvela el maternal cariño,  
meciendo está la cuna donde duerme

en blanda paz el sosegado niño;  
allí la pobre esclava  
dormida queda al ruido de la fuente,  
que en son confuso las baldosas lava;  
aquí, en vela, el devoto penitente,  
del Profeta sectario,  
lee en el Korán ó pasa lentamente  
las cuentas del larguísimo rosario;  
allá, en un apartado gabinete  
que alumbra rica lámpara, velada  
por el humo de arábigo pebete,  
una mujer reposa,  
como la luz de la mañana hermosa.  
Su frente adormecida,  
sin velo blanco ni importuno adorno,  
parece flor en el jardín caída  
primero que aje el viento su contorno.  
Medio desnudo el pecho le palpita,  
mal contenido por el casto broche,  
como blanca azucena que se agita  
al soplo de las auras de la noche.  
Cortinajes de azul y de escarlata  
y muebles peregrinos,  
de preciosas labores,  
con embutidos de marfil y plata;  
jarrones del Japón, llenos de flores,  
y mil y mil primores  
desparramados por la turca alfombra,  
á la luz tenue muestran sus colores  
ó los pierden, confusos, en la sombra.  
Allí, en cojines de damasco y oro,  
está el laúd sonoro  
que suele acompañar su voz divina;  
su abanico de nácar de la China;  
su Korán, con primor iluminado;  
el rosario de un santo morabito,  
con cuentas de ámbar gris, en cada una  
un texto de Mahoma tiene escrito,  
para atraer la próspera fortuna.  
Hilos de perlas, sartas de corales,  
atavíos y galas orientales,  
cuanto el capricho á la opulencia pide,  
allí en graciosa confusión se junta.  
¿Y quién es la mujer encantadora  
que en muelle calma esta mansión habita?

Es Aida, la sultana favorita  
de un príncipe vencido, á quien ahora  
su recuerdo tal vez el alma azora.  
¿Y qué importa á la mísera cautiva,  
robada en flor á los paternos lares,  
que Marruecos perezca ó sobreviva?  
Quizás su pensamiento,  
en alas que le presta el sueño, vuela  
á la playa nativa,  
donde su pena viva  
renueva á cada hora  
la desgraciada madre que la llora.  
¡Ay! á la playa do en funesta tarde  
jugaba con alegres compañeras,  
cogiendo blancas conchas y corales  
al rumor de las olas, que, ligeras,  
les mojaban las plantas virginales;  
cuando, al velar el sol su último rayo,  
por turba de piratas sorprendidas,  
y presas todas de mortal desmayo,  
quedaron en esclavas convertidas,  
llegando á tal extremo su miseria  
que fueron ¡ay! para el harem vendidas  
como el ganado vil en una feria.

¡Pero despierta, arranca el pensamiento  
de las azules ondas del mar Caspio  
y sus riberas á la vista gratas  
déjalas con el mismo sentimiento  
que tuviste al robarte los piratas!  
Deja el tranquilo sueño,  
muéstrate dulce y cariñosa amante,  
que por ti viene tu celoso dueño,  
y el negro rudo de feroz semblante  
á tus puertas espera  
con el tardo camello y la litera.

## IV

Ya por calles y plazas se derrama  
la tropa del Sultán, ayer vencida,  
como suelta torada embravecida  
corriendo por las dehesas del Jarama.

Como acontece allá en la patria mía  
cuando Guadalquivir impetuoso,  
con las lluvias continuas acrecido,  
por medio de la abierta Andalucía,  
fuera de madre se derrama undoso,  
llenando de terror con su bramido  
desde el ameno soto hasta el ejido;  
y el labrador, turbado, el campo deja  
y el pastor su cabaña,  
y con balido tétrico la oveja  
conduce á la montaña;  
y cada vez más recia la corriente,  
la destrucción llevando en su camino,  
rompe con furia insana,  
anegando á Sevilla y á Triana;  
tiembla á su choque, estremecido, el puente  
y vacilan los sólidos cimientos  
de la soberbia torre bizantina,  
é inundados los ricos eposentos  
amenazan ruina;  
y después de pasada  
la espantosa riada,  
queda todo desierto,  
de horrible estrago y destrucción cubierto;  
no de otra suerte en la ciudad moruna  
entra la fiera tropa  
que sigue el estandarte de la luna,  
llevando en su carrera cuanto topa;  
al pueblo inerme obliga  
con fieros y amenazas  
á que deje la paz de sus hogares  
y su funesta retirada siga.  
Niños, mujeres, jóvenes y ancianos,  
que apenas pueden caminar á solas,  
son arrastrados por las recias olas  
de aquellos furibundos africanos.  
Y las pobres mujeres,  
una llevando al hijo entre los brazos,  
otra al padre siguiendo ó al esposo,  
otra á medio cubrir el rostro bello,  
el talle mal ceñido y en cabello,  
con paso temeroso,  
que revela el espanto,  
deja el hogar regado con su lianto;  
y van á sepultar su pesadumbre

en el revuelto seno  
de la fiera y confusa muchedumbre.  
¿Y quién ¡ay, cielos! relatar podría  
el espantoso estrago  
que aflige á la aterrada judería?  
Allí con furia nueva  
rompe feroz la soldadesca impía,  
y sin respeto humano ni divino  
todos sus torpes apetitos ceba.  
Hay que apartar las ojos  
de tanto horror y tanta desventura,  
que hasta el más duro corazón asombra;  
quédense envueltos en la densa sombra  
de aquella tenebrosa noche oscura,  
que no fuera contada  
con los días del año y de los meses,  
en tinieblas de muerte sepultada.  
Hartos al fin de robo y de saqueo,  
los bárbaros feroces  
dejan al pobre hebreo,  
y yerma la ciudad y abandonada,  
ya sin defensa, á la enemiga espada.

## V

Pasó la noche, y el naciente día,  
coronado de alegres arreboles,  
salió más bello á iluminar la tierra  
ganada por los bravos españoles.  
La afligida ciudad tiene sus puertas,  
arcos triunfales á la hispana gloria,  
para el caudillo vencedor abiertas.  
Y O'Donnell entra en Tetüan, y clava  
la bandera española  
en la torre mayor de la Alcazaba.  
Con saludo marcial el bronce truena,  
y su eco, repetido por los mares,  
que clamoreo universal secunda,  
salva el Estrecho, llega al Manzanares,  
y en las doradas bóvedas resuena  
del regio alcázar de Isabel segunda,

repercutiendo en la imperial Granada,  
y en sus lechos de piedra despertando  
las sombras de Isabel y de Fernando.  
¿Quién cantará tu gozo, patria mía?  
A ello no basta mi cansado acento,  
que inmensa como el mar es tu alegría.  
apercibe coronas y laureles  
para el ilustre Conde de Lucena,  
guerrero ya del escuadrón sagrado  
de nuestras grandes glorias militares,  
que arranca en Covadonga  
con el caudillo de la Cruz bizarro,  
y de uno en otro siglo se prolonga  
con Córdovas, Girones y Pulgares  
y cuantos fueron de la patria escudo;  
y á honrarlo vienen con marcial saludo,  
envueltas en la bruma de los mares,  
las sombras de Cortés y de Pizarro.

---

Ilustre Capitán: si acaso dejo  
durable de este canto la memoria,  
es que ha servido como fiel espejo  
á reflejar un rayo de tu gloria.

JOSÉ NÚÑEZ DE PRADO.





## LAMBERTITTO (1)

—Realmente, Alfonso, mi madre no hace oposición sistemática á nuestros amores. ¿Cuántas veces hemos estado hablando aquí en la puerta y ella misma nos ha avisado que venía papá? Esto te indica claramente que la oposición estriba únicamente en mi padre.

—Lo sé, y por eso quisiera despejar esa incógnita, que es mi pesadilla. Yo no creo que mi conducta social sea causa de esa oposición: mi conducta moral no creo tenga tampoco ningún lado vulnerable. Mi posición ya sé que no es la de un rico capitalista, pero tengo mi carrera, y ésta me ofrece un porvenir digno y compatible con mi título nobiliario, que no rebajo con la profesión del foro ni de la cátedra á que aspiro. Y yo creo más meritorio llamarme marqués catedrático que marqués jugador y haragán. ¿Cree tu padre acaso que porque ejerza la profesión de abogado, de profesor mañana, si tal consigo y es mi anhelo después de tu cariño, que degrado mi prosapia de noble? Yo creo que la engrandezco, y aún más, la elevo. Lo que hay es que tu padre viene algo apegado á antiguas preocupaciones, y es capaz de pensar que sus amigos criticarán que su yerno y marqués reciba una paga del Estado,

(1) Véase la pág. 301 de este tomo.

como si no fuera una ocupación tanto más noble que mi título la enseñanza del conocimiento del derecho y de la ley. Además, yo creo, y no soy partidario de democracias absurdas, que adorno más mi escudo heráldico con la medalla del profesor que con una gran cruz de dudosa recompensa á méritos y servicios ilusorios al Estado.

—Casi pudiera asegurarte que no es ése el obstáculo. Siempre dice mi padre que el trabajo ennoblece al hombre, y que la ociosidad le degrada. Que la ociosidad es causa de faltas y crímenes en las familias, que un trabajo honrado nunca hubiera dado lugar á que se incubaran, ni realizan aquéllas con desprecio de la moral y de la conciencia. Si tal opina, tu pensamiento y trabajo, lejos de serle causa de enojo, debieran serle gratos y halagüenos por cuanto coincidían con ese modo de ser y pauta que informa siempre su conducta.

—¡Ah, Luisa! Tus palabras devuelven la tranquilidad á mi corazón; pero esa negrura, ese velo no se rasga ni desaparece la incertidumbre. Que hay motivo, y poderoso, para tu padre..... no lo dudes, le hay; pero cuál sea éste y cómo podamos eliminarlo, ése es problema. Por de pronto, paciencia, seguiremos queriéndonos, y pediremos á nuestra patrona la Virgen de los Desamparados que nos ampare y proteja si lo merecemos y aparte de la mente de tu padre esos obstáculos que se presentan para no realizar nuestra felicidad.

—Yo en ella he puesto todas mis esperanzas, á la voluntad de la santa Vírgen encomiendo nuestra felicidad, y si escucha mis sinceras plegarias, si cree dignos de su protección nuestros amores... entonces que se cumpla su voluntad, y si no los cree, entonces, Alfonso, resignémonos con nuestra suerte.

—Después de la voluntad de tus padres, Luisa, está la ley, y ésa dentro de un año te ampara contra los caprichos de un padre, que muy bien pudiera no obedecer á la razón y sí á una voluntariedad de carácter.

—¿Apelar á la ley? ¿Salir de casa bajo el amparo del juez? Alfonso, Alfonso, ¿tú sabes lo que has dicho? Eso jamás, jamás. Mucho te amo, te adoro con pasión, pero contra la vo-

Voluntad de mi padre jamás seré yo quien vaya. Quien no obedece á sus padres, quien no acata y respeta sus designios, falta á los mandamientos de Dios, no honra á sus padres, y á ellos ni tú ni yo seremos quien los falte. ¿No es verdad, Alfonso mío? ¿No es cierto que tú me obedecerás en eso?

Alfonso no contestó, quedó como anonadado ante aquella enérgica protesta de su amada, ante aquel cumplimiento de la ley de Dios, y recordó entonces el catecismo, lo que el padre Astete dice en el comentario del cuarto mandamiento, y aquellas palabras de que no se honra á los padres contra yendo matrimonio contra su voluntad se presentaron ante su vista con caracteres de viva luz tan brillantes como las sinceras y creyentes palabras de su amada Luisa.

—¡Dios bendiga una y mil veces tu boca, Luisa mía! Tus palabras llenan mi corazón de un inmenso consuelo y bienestar. Esa misma conformidad de tu alma, esa sincera explosión de fe y sentimiento en tu corazón me hacen amarte con mayor vehemencia y esperar resignado el momento, si Dios quiere, de que nuestras voluntades se unan en santo lazo. En el entretanto, esperaré, lucharé por apartar esos obstáculos y, puesta mi confianza en tu santa patrona, seguiré mi camino alentado por tu cariño.

—Sí, Alfonso, espera, espera como yo, y cree en la bondad de quien todo lo puede, y ¿quién sabe si estos contratiempos que hoy nos desesperan serán para probar y aquilatar más nuestro cariño y aumentar nuestra felicidad? Yo por mí, ya lo sabes, esperaré, y resignada llegaría á los cincuenta años sin ser de ningún hombre más que tuya si en esos cincuenta años mi padre no cambiara de opinión. Mi deber es obedecerle, y lo cumpliré aun á trueque de mi felicidad, pues que no creo que un padre sólo por un capricho quiera hacer infelices á sus hijos.

—Mi vida y mi afecto es tuyo, Luisa de mi alma, y no serás tú sola quien dé ejemplo de constancia y resignación: ó soy tuyo ó de ninguna mujer, así vea llenarse mi cabeza de canas.

—Mira, Alfonso, dejemos de entristecer nuestro porvenir; Dios quiera que todo pase y llegue un día en que seamos más

felices que hoy. ¿Por hoy qué más podemos apetecer? Nos vemos, hablamos, y sobre todo nos queremos; ¿qué más dicha que pasar juntos largas horas en estas hermosas noches que Dios ha puesto tan bellas para que admiremos su bondad? Dejemos sufrimientos futuros y gocemos de nuestra compañía y de nuestro cariño; bastante será que en el viniente Octubre te alejarás á la corte para terminar tus oposiciones á la cátedra, y entonces ni aun el consuelo de vernos tendremos.

—Es verdad; pero tú con tus cartas me darás valor, y con tu cariño y mi constancia en el estudio saldré adelante en mi propósito. Así se lo decía anoche á tu primo Lamberto; teniendo el cariño de tu prima y mi confianza puesta en Dios, nada temo.

—No me fío mucho de Lamberto; ya sabes que es un genio bastante especial, y desde que con muy corteses modos le dí calabazas en sus pretensiones amorosas, allá en su interior creo me guarda odio y resentimiento.

—No lo creas; Lamberto es un buen amigo, y es más, le creo imposible de faltar al cariño que le profeso. En verdad que su genio es algo reservado, que no es explícito en sus manifestaciones de afección y de cariño, pero lo cierto es que su corazón es de oro, del mismo color que su barba. Yo le estimo y quiero en gran manera, y es tal vez el mejor de mis amigos y para quien no tengo secretos.

—La experiencia de la vida mayor debe ser en tí que en mí, pobre mujer encerrada entre cuatro paredes y ventilada tan sólo por el aire de la adulación, que no se me ha subido á la cabeza; pero de todos modos, Lamberto no me inspira confianza, ni mucho menos mi tía Paca, que me es tan repulsiva.

—Una santa mujer cuya dicha envidio: dedicada tan sólo á obras piadosas, los templos puede decirse que son su casa, y así en el santo temor de Dios ha educado á Lamberto, siendo una familia modelo.

—¡Cuán poco conoces á mi tía ni á su primo, Alfonso! Tú te dejas guiar demasiado de las exterioridades, y mi tía y su hijo cuidan más de la fachada que del interior de la

casa. Mi pobre tío Luis, mi padrino, hartó debió sufrir con ella, y á su carácter franco expansivo y cariñoso debió serle un martirio el receloso, suspicaz y egoísta de mi tía: así es que Lamberto ha sacado el carácter de su madre y nada del genio de mi pobre tío Luis, que era el vivo retrato de su hermano, mi padre querido.

—Creo, Luisa, que el resentimiento con Lamberto te hace exagerar los defectos de tu pobre tía, ¡tan cariñosa para mí, tan interesada en nuestros amores, pues que no hay día que me encuentre que no me haga mil preguntas, lamentándose del raro carácter de su cuñado, tu padre; y diciéndome que bastaría el ser tú su ahijada, si no se uniera mi buena conducta, para ser la protectora de nuestros amores y conseguir de Rafael que pase todo y podamos casarnos. ¿Quién, sino fuera su buen corazón, su bondad y su cariño por nosotros, la obligaba á hacer de nuncio de paz en nuestras relaciones? Pero tú le has tomado antipatía, y lo comprendo: la buena señora en su exterior no es agradable ni atractiva, ni mucho menos. Pero comprende, Luisa, que en ella tenemos una decidida protectora que hará por nosotros cuanto le digamos y pidamos.

—Así será, pero me duele disentir en tu manera de pensar; Lamberto y mi tía son un cuerpo y un alma tan estrechamente unidos que siempre están de acuerdo; y uno y otra, créeme, Alfonso, no se distinguen por la nobleza de sus actos ni proceder. Comprende que tanto mi tía como mi primo se nos manifestarán como dispuestos á apoyarnos, pero que uno y otra lo que quieren es enterarse de nuestro modo de pensar y nuestras intenciones para decírselo á mi padre, que la cree una santa como tú la calificas, y á mi primo por un modelo de virtud y de ciencia, con su aire reposado y formalidad, y yo... francamente, no creo en nada de eso.

—Hasta ahora, Luisa, yo por mi parte no tengo sino motivos de agradecimiento para con ellos; tu tía Paca me considera é interesa por mi porvenir tanto como su hijo, que hasta me ofrece sus relaciones para alcanzar la cátedra, aun cuando siempre me dice: «Créeme Alfonso, la sociedad

está corrompida, pero no tanto que no quede un resto de pudor, dignidad y justicia. En los tribunales pesa la razón, la ciencia y sobre todo la conciencia; de suerte que las influencias de poco sirven si la ciencia y el valer no las ayuda. Tú no necesitas recomendación alguna más que tu expediente y los ejercicios, pues bien sabes que los condiscípulos nos conocemos y somos mejores jueces en algunas ocasiones que nuestros profesores. Á tí te basta con los ejercicios que harás, y lo demás en poco te ha de valer ante el mérito de tus trabajos. No obstante, cuanto quieras y pueda servirte pide, que deseo complacerte.» Ya ves, por lo que te digo, si puedo dudar de Lamberto.

—Mal se compaginan esas razones con las palabras de mi tía y Lamberto cuando vino de hacer las oposiciones á las plazas de abogados del Estado. Entonces no fué el mérito lo que según ellos predominó, sino las influencias y la pasión de partido. Como olieron, según ellos, la procedencia católica de Lamberto, dos jueces liberales y aun los calificaban de masones, le pusieron la proa y le dejaron sin plaza; pero no es eso lo más duro, sino que luego se supo que ni aun le habían aprobado los ejercicios. ¿Cómo me explicas todo ese cambio?

—La experiencia puede mucho, Luisa, y tal vez aquel desengaño le haya hecho comprender que la justicia y la razón son más poderosas que las influencias.

—Sí, será todo lo que tú quieras, pero á Dios rogando y con el mazo dando, y recuerda aquello de anda, que yo te ayudaré.

—En fin, Luisa, paciencia, y continuaremos resignados nuestro camino. ¿Has visto á Rosario? El pobre Julián está que se le puede ahogar con un cabello, y sufre con los desaires de esa corza indomable y los desprecios de su hermano Ramón. Vé si tú puedes inclinar el ánimo de esa belleza cerril en favor del pobre Julián, digno de mejor suerte que la de haber caído en manos de esa incivil.

—Ya sabes lo mucho que por Julián y Rosario, mejor dicho, por las dos familias nos interesamos; y que á todos ellos les tenemos como de la familia; pero en verdad te con-

fieso que Rosario se me va haciendo repulsiva cada día más, y su aspereza y ridículas pretensiones me van disgustando hasta el punto de rehuir conversación con ella.

—Aquí tenemos otro problema muy parecido al nuestro. ¿Qué puede existir en Julián para que Ramón se ponga hecho un energúmeno con solo oír el nombre de su amigo y si se trata de los amores con su hermana?

—Sólo un punto encuentro que pueda explicar ese enigma. El carácter de Ramón y de Rosario es el de su madre, suspicaces, recelosos y creyendo que todo lleva dañada intención; une á esto que son celosos, envidiosos de cuanto les rodea y pueda elevar á los demás; que desearían que todos estuviesen atendidos á sus caprichos, y en su orgullo creen bajeza cuanto se relaciona con el agradecimiento y bondad. Esta diferencia de carácter con Julián y Angela, su madre, corazones nobles, cariñosos y leales, conquistándose y ganando la voluntad de todos con su manera de ser, hace que en tanto Julián y su madre son queridos, estimados y agasajados por todos, ellos permanecen arrinconados y que nadie se acuerde del bote ni de la barca de Ramón para paseos y pesqueras, y que Julián sea el preferido por vosotros los jóvenes, y su madre por todas nosotras, con su caseta de baños, como sus cocos y pescado, y sea siempre amable, cariñosa y complaciente. El verse, pues, postergados por su falta de sociabilidad, poco concurrida su caseta, y menos atendido Ramón, los desespera, y para mí de ahí parte la enemiga que éste profesa á su amigo, y lo que influye sobre Rosario para estorbar esos amores, amores en los cuales hay que confesar, pues así me lo ha dicho, quiere á Julián, pero lucha con el carácter de su hermano y se pica algo su amor propio al verse algún tanto arrinconada á pesar de su belleza, pues que Rosario es hermosa, y más si no tuviera ese carácter agreste.

—Julián es nuestro amigo y procurará sondear á tu padre: es un aliado que nos ha de servir de mucho por el cariño que le profesáis.

—Comprende que fué el salvador de mi vida y de la de mi pobre hermana, que en Dios goce; Julián es en casa y

en todas partes nuestro hermano, y cuanto por él hagamos no es más que deuda del corazón que pagamos á quien debemos la vida, lo mismo que á Ramón; y si interés tengo en que nuestro afecto prospere sin oposiciones, igual le debemos tener todos en cuanto atañe á la dicha de Julián.

Largo rato continuaron hablando Alfonso y Luisa; las calles habían quedado sumidas en una hermosa soledad y majestuoso silencio; sólo se oía el rítmico batir de las olas en la tranquila playa con acompasado rumor; la luna descendiendo en su carrera trazaba grandes masas de sombra que recortaban las siluetas de los edificios sobre el pavimento. Algún prisionero pajarillo lanzaba apagados trinos y á lo lejos sonaba con intervalos el monotonó canto de los vigilantes nocturnos.

Algunos minutos después, el nocturno vigilante, doblando una esquina, pasó junto á los enamorados.

—Buenos días, señorito—dijo al llegar junto al marqués.

—¿Qué hora es, Anselmo?

—Las tres y tres cuartos—contestó, entonando la que marcaba el reloj.

—Adiós, Luisa; que descanses.

—Adiós. ¿Y te vuelves ahora á Valencia?

—No; me iré á ver salir el sol y tomar café al merendero de Dolores. Hasta luego: ¿á la hora del baño?

—Sí, adiós.

El marqués tomó la acera con dirección al puerto, y Luisa quedó un momento en la reja viéndole partir. Entonces los gallos comenzaban á correr la voz de que el día llegaba, diana campesina que nada encuadraba en un paisaje marítimo, cual el de población costera.

## V

### DOÑA PACA Y LAMBERTITO

Frisaba en los cincuenta y siete la buena señora y llevaba ya once las tocas de la viudez, dedicada al cuidado del hijo único que le había quedado de su matrimonio con el herma-

no de D. Rafael Alloza. Lambertito fué el único sobreviviente á aquellos ocho hermanos que con él habían compartido las caricias de su padre; y al usar de este número singular debemos alguna explicación á nuestros lectores. Dijimos las caricias de su padre, por cuanto D.<sup>a</sup> Paca, señora de muy estimables prendas, tenía entre ellas la de un egoísmo bastante refinado, y si fuéramos partidarios de la frenología, diríamos que el órgano del *yo*, y después *yo*, estaba muy desarrollado, tanto casi como el de la maledicencia. Los hijos nunca habían determinado un cambio de vida en la buena señora: el nacimiento de un nuevo vástago sólo la ocasionaba un pequeño trastorno en su método ordinario de existencia, el de la prisión forzada por unos días, que la impedía pasar la mañana y parte de la tarde visitando iglesias, dormitando parte de las calurosas tardes de verano en los oscuros y frescos templos al arrullo de las vísperas ó sermones, y abrigada, sentándose hecha un ovillo sobre sus piernas sobre la modesta estera durante el invierno. Así que podía salir de casa, y cuando ya dejaba al recién nacido en poder de la nodriza, no había fuerzas humanas que la retuvieran en el hogar doméstico.

La del alba, como diría Cervantes, la encontraba ya confesada y comulgada y con un par de misas, y terminada su oración en la parroquia, cargada de devocionario y libros de devoción, emprendía su romería por las demás iglesias, en cuya santa ocupación la sorprendía la campanada del *Angelus*, que determinaba la retirada al hogar de la familia, en el que el padre se entretenía en jugar con los pequeños hasta que la llegada de su esposa levantaba una insurrección entre las domésticas por el desaseo en que habían dejado la casa, lo mal barrido de ella, lo atrasado de la comida, lo mal que habían vestido á los niños y contra la calma de su marido, el paciente y resignado D. Luis, que tales abusos consentía. Repulsas, protestas y quejas que las muchachas oían pacientemente, y á las cuales respondía su marido tomando la caja del tabaco y poniéndose á hacer pitillos, ocupación, decía, recurso heroico y específico acreditado contra las riñas insustanciales.

D.<sup>a</sup> Paca tiraba del manto, doblábale cuidadosamente mientras reprendía á las muchachas, colocaba sobre una mesa devocionario y libros y sacaba de su brazo el rosario, que llevaba ceñido á guisa de pulsera.

—Así es imposible vivir; en vano se os recomienda que barráis y limpiéis con cuidado, que lo dejéis aseado. Nada... que sois completamente inútiles; sólo sois buenas para cobrar un salario que no se gana. ¡Haraganas, puercas!... ¡Bendito sea el santo nombre de Dios! ¡Jesús! Así la hacéis desesperar á una y que peque continuamente.

—Vamos, Paca, calma, calma y sosiégate, no pierdas el santo fruto conseguido con tus oraciones y actos de piedad. Tómallo todo con paciencia, resignación; haz como yo: hay que sufrir las flaquezas del prójimo.

—Sí, buenas flaquezas nos dé Dios, y están desde que vinieron de la tierra hechas unos tocinos con lo que tragan esas avutardas.

—Mujer, ¡por Dios! no añadas á la repulsa el insulto, pues eso no es caridad.

—Déjame de caridades y de músicas. ¿Qué han hecho esas perras desde que yo me fuí? Veamos, ¿qué han hecho para que tú las defiendas?

—¡Yo qué sé lo que habrán hecho! Ni creo sea eso incumbencia mía. Lo único que puedo decirte es que no han parado un momento en toda la mañana.

—Muertas y reventadas deben estar las niñas con lo que han hecho. A ver, Sebastiana, ¿has limpiado los cristales del balcón de mi cuarto?

—No, señora; no he tenido tiempo. Tuve que planchar toda la ropa y aun tener al niño un rato, mientras el ama se fué á ver á su marido; he llevado el almuerzo á Lambertito al colegio, he hecho las camas y lavado los suelos.

—Y dí, ¿no te han dado friegas en las articulaciones para aliviarte el cansancio? ¡Vaya con la muy haragana! ¿Si estará muerta de fatiga?

—Me parece, señora, que no he desperdiciado la mañana—dijo temerosamente la muchacha.

—Y dí, descarada, ¿yo para qué te pago?

—Señora...

—¡Sí... sí!... ¿Para qué te doy treinta reales todos los meses, y en platón, que son siete céntimos de peseta más, ó sean veintiuno cada tres meses?

—Sí, mujer, ochenta y cuatro céntimos de peseta al año... Basta de riña, de descuento, cambios y matemáticas, y que preparen la comida. Ande usted, Sebastiana, ponga la mesa.

—Mira, esposo, ya te he dicho que cuando yo riña á las muchachas te calles tú.

—Bien, mujer; pero tengo que callarme cuando riñes con las criadas, tengo que callarme cuando armas bronca con los inquilinos, cuando riñes con los arrendadores y hasta con el cobrador de la contribución. Entonces, dime, ¿cuándo puedo yo meter baza?

—Nunca, porque eres un tío calzónes que todos te engañan, y si no dígalo el tío Colás, el del huerto, que te ha sacado diez duros para la quinta del chico, sin hacerte ni tan siquiera una escritura á carta de gracia del campo arrozal.

—Mira, Paca, cállate y no me busques la lengua: el tío Colás está cuarenta años en casa y era la persona de confianza de mi padre, á quien le salvó los intereses cuando la guerra, y para que lo sepas, ni recibo le he pedido, y si me los vuelve se los daré para el chico. ¡Canastos con la mujer ésta! ¡Ya me tienes frito con tu tontería y tu miserable miseria!

—Sí, hijo, sí; gasta, derrocha y triunfa, que allá veremos el día que no tengas, ¡veremos quién te da de comer!

—¡Dios, que nunca falta á quienes obran bien! Y como los que tenemos no somos más que administradores de los pobres, Dios me manda socorrer las necesidades, no los vicios, y por eso lo hago, y lo haré, ¡canastos! y de este mundo no he de sacar millones, sino sólo una mortaja. Ea, se acabó la discusión. ¡La comida, que yo tengo que salir á las tres.

—¡Pues no se ha terminado la discusión! El tío Colás te devolverá los diez duros, y tres más, ¿lo oyes? y tendrá que pagar rédito, sí, señor, y lo pagará, pues aun cuando no te haya hecho recibo, tomó el dinero delante de D.<sup>a</sup> Romualda y Catalina, su hija, y ésas harán fe.

—Otras araña altares como tú, que os dejáis la conciencia y la caridad en el basurero para que no os incomode. ¡La comida, repito!

Callábase D.<sup>a</sup> Paca, pero allá en su interior discurría y estudiaba la manera de que aquellas cincuenta pesetas no se perdieran por culpa del buenazo de D. Luis, siempre dispuesto á favorecer á los necesitados.

No es esto decir que D. Luis debiera trocar su nombre por el de Juan, sino que allá, en su claro y perspicuo talento, comprendió que ya que había una errata en su matrimonio, debía enmendarla, ya que no pudiera ser en el texto matrimonial, cuando menos en el buen criterio del lector, y así varió la diferencia de carácter con la virtud y prudencia puesta por su parte. Comprendió que la paz en el matrimonio no podía sostenerse sino mediante aquélla, ó por medio del escándalo de una separación, y optó por la prudencia, prefiriendo sufrir á dar un espectáculo y pábulo á la murmuración y hablillas, y entonces emprendió un trabajo de contemporización que le dió excelentes resultados.

D.<sup>a</sup> Paca creyó que con aquella prudencia de su marido se ocultaba temor, y más de una vez quiso crecerse ante su marido; pero éste, con sumo tacto, supo reducirla á la nulidad, con lo cual comprendió la buena señora que no era aquél el camino que debía seguir, y tomó otro rumbo de independencia en el cual no encontró escollos, sino ancha mar y horizonte despejado.

Durante su juventud la buena D.<sup>a</sup> Paca no se hizo señalar por el aire de sufrida resignación con que hoy se presentaba en sociedad, con apariencias de inocente víctima de su marido, y con el doble fin de atraerse simpatías y sondear corazones, por medio de aquella ficticia bondad y mansedumbre, ocultó su genio. Cuando joven, Paca había sido amiga de bailes, fiestas y bromas, y sus noviazgos hartos dieron que hablar en el pueblo, por llevar de calle á tres ó cuatro muchachos á la par. De sus amores con un primo la crónica escandalosa se ocupó más de lo que debiera, y la cosa llegara á un extremo hartos censurable si la madre de D.<sup>a</sup> Paca no hubiera intervenido en aquello, que en nada sa-

lía ganando la honra de su hija. Aquel lance y la severidad de carácter de su madre influyeron poderosamente en su comprometida reputación, y volviése cauta y mojigata; pero allá en su interior quedó un rescoldo de venganza y odio á aquella sociedad, que no se borró jamás, y que concentrándose con los años y la experiencia, sucedióle lo que al vino, que al hacerse añejo gana en atracción, pero también en fuerza traicionera. Paca fué en sus tiempos lo que se llama una buena moza: alta y derecha, algo delgada y de aspecto nervioso, de ojos negros como su pelo, y de color trigueño; elegante y algo reposada y majestuosa en sus movimientos, tenía un atractivo singular, y su boca desdeñosa y como si sus labios fueran contraídos por la indiferencia, dejando asomar sus dientes, fueron atractivo de los pollos del año 50, junto con su delgada cintura, encanto de la época.

Cuando D. Luis la conoció en Valencia, Paca se hallaba en el período esplendente de la mujer, y aquel aire serio, juicioso y reposado enamoró al bueno de Alloza, que pronto unió su suerte á la de aquella para él prudente mujer.

JOAQUÍN CASAÑ.

(Continuará.)





## CANTARES

---

Morid contentos, vosotros  
que tenéis por compañeras  
dos madres que os acarician:  
la Humildad y la Pobreza.

---

Sé que tengo que morirme,  
y aún no me he puesto á pensar,  
cuando la muerte me llame,  
lo que habré de contestar.

---

Me quieres echar del mundo,  
lo cual no me importa nada,  
porque me da el corazón  
que este mundo no es mi casa.

---

¿Quién eres?—Ya ni me acuerdo.  
¿De dónde vienes?—No sé.  
¿Adónde vas?—¡Qué sé yo!  
¿Qué haces aquí?—¡Qué he de hacer!

---

Allá arriba el sol brillante,  
las estrellas allá arriba;  
aquí abajo los reflejos  
de lo que tan lejos brilla.

Allá lo que nunca acaba,  
aquí lo que al fin termina;  
¡y el hombre atado aquí abajo  
mirando siempre hacia arriba!

—

Los que quedan en el puerto  
cuando la nave se va,  
dicen, al ver que se aleja:  
¡Quién sabe si volverá!

Y los que van en la nave  
dicen, mirando hacia atrás:  
¡Quién sabe, cuando volvamos,  
si se habrán marchado ya!

—

Si te persigue la suerte,  
amigo, sufre en silencio;  
y si la suerte no ceja,  
resígnate... y serás bueno.

Te aconseja uno que vive  
resígnado hace ya tiempo...  
¡Es verdad que se resigna  
porque no hay otro remedio!

—

Le tengo miedo al querer,  
porque he visto mucha gente  
que se ha perdido por él.

Quita el querer, y verás  
cómo solamente encuentras  
odio en todo lo demás.

AUGUSTO FERRÁN.



## CRÓNICA QUINCENAL

### INTERIOR

No recordamos en toda nuestra historia contemporánea un período más triste ni una situación más bochornosa que la que atraviesa en estos momentos la pobre España. Realmente descorazona leer lo que de nosotros se piensa y se dice en extraños países donde, sean como fueren allí las desgracias, siquiera se procura mantener vivo y fecundo el sagrado amor á la patria.

Sin verdaderos ideales que diferencien y entusiasmen aquí á nuestros partidos gubernamentales, apáticos y maltrechos; sin energías arriba ni abajo para solucionar en una ú otra forma los grandes conflictos económicos é internacionales; perdida la fe en los procedimientos políticos; sin frutos aceptables el famoso ciclo de las libertades conquistadas; reducidas todas las aspiraciones á un simple cambio de personas; la prensa callada de pavor, disimulando, excusando, atenuando, y sólo decidida en la defensa de los conocidos personajes que la inspiran; con una inmoralidad vergonzosa en todos los órdenes y engranajes administrativos, no serán ciertamente hiperbólicas ni pueden extrañarse las amarguras de la *vía crucis* que estamos recorriendo.

Cuatro meses ha que una crisis latente y espantosa tiene convertido al Ministerio, por antonomasia de notables, en un cadáver insepulto; y día tras día, y semana tras semana, desde el pasado Octubre, rehuyendo y aplazando Consejos de Ministros, pretextando enfermedades y esperando noticias de los marroquíes, que llegan más abundantes y elocuentes de lo que debieran, pasan largos meses; se esquiva el afrontar problemas, hay miedo á todo lo que sea españolismo, á todo lo que sea opinión pública; muchas lágrimas, producidas por el espectáculo de desaciertos inmensos, queman las mejillas varoniles, y entre tanto Sagasta el *liberal* sigue en la Presidencia, D. Emilio continúa pacíficamente, tan ufano y tras cortina en sus funciones de traspunte, y el famoso Moret, en Fomento y en Estado, se burla de reglamentos y leyes, no se da punto de reposo en colocar amigos, hace tratados imposibles y nos regala continuos desengaños y desastres, acabando de desorganizar la sombra de instrucción pública que teníamos, pensando en conceder más privilegios á los ingleses, en surtir de aguas á Gibraltar, y preocupándose sobre todo de subvencionar á poderosas empresas y de idear y plantear los descabellados planes que le convienen.

Parece mentira que hombres víctimas, sí, de lamentables errores, pero hombres al fin serios, como Gamazo, Maura y Puigcerver, se hayan prestado hasta aquí á tomar sobre sus hombros la parte de responsabilidad que directamente corresponde á los Moret, López Domínguez, y también á Sagasta, tal vez el causante inmediato de todos los horrorosos conflictos de esta última etapa política. ¿Á qué tanta prisa en desorganizar el ejército? ¡Qué expediciones y qué embajadas! ¡Qué rifeños y qué Melilla! ¡Cuánto ruido y cuánto aparato, para ver altos prestigios en riesgo ó en próxima ruina!

Pasa ahora el tiempo en una consunción anémica; todos los que piensan algo en el porvenir se perturban ante las oscuridades del horizonte; el trabajo ha muerto y el capital huye; cada día estamos peor que el día anterior estábamos; han desaparecido todas las antiguas confianzas, y nos sentimos como empujados ciegamente á ignotos mares.

Y lo peor de todo es que los grandes hombres del poder

se han gastado ó se gastan de una manera lastimosa, y, entre el desfallecimiento de los bríos nacionales, nadie ve todavía por ninguna parte á los salvadores de la patria.

\*  
\* \*

Las postrimerías del siglo XIX no pueden ser iguales á los últimos años del siglo XVII, y sin embargo, tenemos también hoy la representación viva del célebre Padre Nithard. Las preocupaciones religiosas se han trocado en fanatismos democrático-liberales; la repugnancia del fraile á la soledad del claustro se llama ahora fingido retraimiento político, y el confesor de la madre de Carlos II es hoy consejero íntimo de D. Práxedes y tiene por nombre Castelar. Entre el jesuíta de entonces y el misionero de ahora, preferimos aquél, que obró siempre con mayor sinceridad, convicción y franqueza.

Dos siglos hace quiso Nithard ser oráculo de la corte del Rey niño y reducir á España toda al misticismo de los ascetas, convirtiéndola en un gran convento; y quiere Castelar que desaparezca poco á poco y gradualmente hasta la sombra de la Monarquía; quiere que, sumisos, nos postremos todos ante el mito de sus interesados ideales, profesando una fe que él no tiene. Así, vemos también que las corrientes de extranjerismo á lo Nithard abundan en el Gobierno, y hasta nos parece descubrir intentos de hechizos muy semejantes á los que entonces se usaron.

Felizmente el secreto de ese evolucionismo del Sr. Castelar está ya descubierto y comprendido. Erró el golpe nuestro gran tribuno de las eternas contradicciones. Además, todo acto á mano armada, aunque sea para castigar á las kabilas, le pone los pelos de punta y le horroriza, entendiendo á su manera la dignidad nacional. Por esto fué el portaestandarte de ese presupuesto de la paz y de esa paz á todo trance impuesta en el ánimo del Sr. Moret y del Sr. Sagasta, paz sostenida con jeremiadas por sus preocupaciones y timideces y que le hizo soñar con una cuestión magna de Occidente, descrita por él en tono patético y de una manera contraria á todas las conveniencias, contraria á la verdad.

El P. Nithard de ahora será más orador, más poeta, más visionario; pero vendiendo liberalidades es más entrometido, más egoísta, más arrogante y menos práctico que el héroe del reinado de Carlos II.

\*  
\* \*

Manifiesta es ya la torpeza española, es decir, la torpeza de los que tenían á su cargo encaminar á buen término nuestros asuntos africanos. No se necesita tener ojos de lince, no se necesita tener gran penetración para conocer el triste papel á que se nos somete á los españoles ante los ojos de Europa, gracias á los desaciertos de algunos políticos que se figuran todavía ser eminencias nacionales.

Hasta la prensa adicta al Gobierno patentiza ó deja traslucir generales amarguras. Léanse bien y júzguense sin pasión las tristezas que nos revela uno de los periódicos oficiosos que más se distinguen por su adhesión á los actuales Ministros y sus extemporáneos elogios á todos los actos del Poder. No se puede decir más entre líneas que lo que nos revela desde Marrakes, y con fecha 16 del corriente, una persona que acompañó al General Martínez Campos, ofreciendo ser cronista imparcial de la embajada. Hé aquí literalmente algunas de sus sustanciosas frases:

«Escrúpulos de patriotismo —dice,—razones de delicadeza y los respetos debidos al valeroso y digno General embajador han detenido mi pluma... Hoy no quiero dejarme en el tintero lo que *puede decirse*, al menos, ya que todo no juzgue prudente ni patriótico hacerlo público, puesto que aquello es ya un secreto á voces que aquí conocen todos y que supongo que por mil diversos conductos, y más ó menos todavía abultado, llegará ó habrá llegado ya á España y antes al resto de Europa...

»Es preciso partir, para comprender lo que estas negociaciones han sido, de las que emprendió el Sr. Moret desde Madrid, ya que no antes, en cuanto el Príncipe Muley Jarafa llegó á Melilla. Pasaremos, sin embargo, por alto muchos incidentes y pormenores, no siempre importantes, para llegar á lo que

se tenía ya *conseguido* en los primeros días de Enero, cuando la embajada no había desembarcado aún en Mazagán. Creía tener seguridad el Sr. Ministro de Estado entonces, según noticias que aquí me repitió ayer mismo, quien tiene motivos para saberlo: 1.º, de que el Sultán no pondría grandes obstáculos á pagar de 5 á 6 millones de duros, con la intervención de las aduanas, y 2.º, que fácilmente se comprometería á hacer desalojar mediante ciertas condiciones la zona neutral de Melilla, á cuya efectiva demarcación se procedería.

»Bajo estas bases y con estas seguridades comenzó á tratar el ilustre General en jefe del ejército de Africa, que ya había él mismo tanteado á Muley Jarafa y á Sidi Mohamed Torres, sobre la zona neutral, con buen éxito, y con malo, pésimo, en cuanto al castigo de los culpables de los sucesos del 2, 27 y 28 de Octubre; venganza de que se había desistido por altas razones de prudencia y otras atendibles consideraciones políticas. Sabido esto, ¿pueden extrañar á nadie las demostraciones de respeto y sumisión del Sr. Martínez Campos al Sultán, á quien creía convencidamente auxiliar decidido de los fines de su Rey y su Gobierno? Su discurso, sus manifestaciones y todos sus actos habían de inspirarse en las instrucciones recibidas y en las seguridades que el Ministro de Estado prodigaba.

»Vi no la primera entrevista, la discusión siguió el orden poco lógico y no muy conveniente que desde Madrid se había trazado, y el ilustre embajador fué cediendo cuanto podía ceder en bien de la paz y del rápido término del conflicto. La pavorosa cuestión del cumplimiento de los tratados, en lo que se relaciona con la seguridad del campo exterior de Melilla, fué salvada. Asimismo quedó resuelto, según los deseos de Muley Hassan, que él castigaría á los culpables como y cuando le conviniera.

»Llegóse al punto de la indemnización, y según ya manifesté, pidió el Sr. General Martínez Campos ocho millones de duros, en el supuesto de que si antes de contar con tanta generosidad por parte de España no repugnaba la cifra de seis, dos más no eran tan gran aumento, y que aun cuando es cierta la pobreza del país, la intervención de las aduanas facilitaba

todo con ventaja de ambas partes contratantes. No quiero volverme á ocupar de la fingida sorpresa del Sultán, ni de la real emboscada que suponía. Vamos á sus consecuencias. Se habían sacrificado las condiciones que más podían garantizar el porvenir de España en el Riff y las conveniencias que siempre supieron seguir las corrientes de la opinión por lograr un desenlace brevísimo y una indemnización crecida, y fué preciso pronunciarse en retirada en ambos extremos. Este fué el hecho práctico.

»Quedaba una ventaja: se nos había propuesto un arbitraje; y el arbitraje fué rechazado con severa altivez por el General Martínez Campos. El Sultán inclinóse en esto ante la actitud imponente del embajador. Parecía que España, por sí sola, saldría adelante del conflicto, aunque con algún menos lucimiento, pero con innegable prestigio. Y no ha sido así, sin embargo. Otra vez inspiraciones ajenas, trabajos diplomáticos de esa corte, nacidos ahora de excesos de pesimismo que á los optimismos exagerados sucedieran, empujar á todas las potencias europeas á dar su opinión á Marruecos, para ejercer coacción sobre él en nuestro favor y apresurar el fin, que sólo se consigue retrasar. Porque Muley Hassan, en cuanto ha comprendido que España sola no se considera con fuerzas ó en circunstancias de fijar una solución irrevocable, explora con habilidad la opinión é intenciones de los diplomáticos europeos, con la esperanza, ya que no de encontrar asidero, de ganar tiempo y plazos y posiciones para el porvenir. Y de todos modos, lo que debió alcanzar nuestra nación, única y exclusivamente por sus medios y gestiones propios, parecería que lo debe á la ayuda, protección ó simpatías de las demás, aun á los ojos de los moros.

»No es preciso ser un hábil político ni haber vivido largos años en este país para comprender que aquí Europa, entidad vaga y poco definida, cuyo nombre invocan muchos, con muy distintos fines, y que jamás ha ejercido acción material decisiva, impone poco ó ningún respeto y casi nunca es atendida, como lo prueba la historia de las reclamaciones generalmente desoídas ó despreciadas del Consejo Sanitario de Tánger, formado por los Ministros, todos allí acreditados. Y

en cambio, á Inglaterra, cuando la cuestión del cable, y toda nación que esté decidida á hacerse respetar, la respetan por la debilidad increíble, cada día mayor, de este decrepito imperio, que su amo y señor perfectamente conoce y lamenta, aunque otra cosa finja é intente aparentar en la recepción de las embajadas y distintas ocasiones, por lo cual teme de veras, no ya un desembarco, sino la más leve demostración.

»De intento he dejado para lo último la confianza que parecen tener algunos conspicuos personajes de la embajada de que, á cambio de lo cedido en la suma de la indemnización, que ellos mismos reducen ya á tres millones de duros, 15 de pesetas, á plazos y sin intervención de las aduanas, y en el castigo de los culpables y demás puntos ya convenidos, obtendrá España ventajas políticas tales que por sí solas basten á compensar las cesiones hechas. Consigno con mucho gusto estas halagüeñas seguridades, así como que se guarda reserva impenetrable sobre ellas, y que, por consiguiente, por hoy no puedo dar más detalles que no he podido adquirir tampoco de los marroquíes...

»Las negociaciones siguen bajo la base esencial y característica que comenzaron, de que no conviene á ninguna de las altas partes contratantes, y rehuyen cuidadosa y obstinadamente, dificultades que puedan llevar á un rompimiento, que éste, por consiguiente, no vendrá, y que el final se ha retrasado por ajenas labores, por elevadas ingerencias, que no se pueden, en ningún caso, achacar al sufrido, celoso y dignísimo General embajador, que ha hecho en favor de una pronta y satisfactoria terminación, más, mucho más de lo que, por exceso de optimismos ó pesimismo, quizá no muy oportunos, se ha conseguido real y prácticamente, antes y después de la salida de la embajada de Melilla, desde el Ministerio de Estado, con diligencia y buen deseo, no siempre coronado de éxito.

»Creo dejar aclarados, hasta el día, los pasos y adelantos, al menos que yo conozco, de la embajada. Indiqué al principio que he omitido y seguiré omitiendo cuanto crea que no es patriótico ni prudente hacer público.»

Basta lo dicho, sin acudir á correspondencias más expresi-

vas, para comprender cómo quedan los sagrados intereses que tiene España en Marruecos.

El Ministro D. Segismundo Moret se ha inmortalizado.

\*  
\* \*

El Sr. Gamazo y sus compañeros de Gabinete son también culpables de imprudencia temeraria al iniciar el cambio de régimen económico en la provincia de Navarra. Plantear esa cuestión en los momentos precisos en que es más hondo el malestar que produce en todas las clases sociales la enorme depreciación de los vinos, y cuando palpita muy vigorosa la agitación fuerista, en mal hora promovida durante el último verano; acometer tal empresa, difícil y escabrosa siempre, no mediante preparaciones previsoras y avances oficiosos, sino con arrogancias de dictador y con durezas desdeñosas, eso, más que á una medida de gobierno, se asemeja á una provocación, tanto más peligrosa cuanto más innecesaria. Se ha dicho, y con razón, que el Gobierno parece empeñado en hacer de la cuestión de Navarra una cuestión de Melilla, y por eso los defensores de los altos intereses de la patria temen mucho que de aquella cuestión no salga mejor librado que de la de Marruecos, agravando la tristísima situación del país.

No es extraño que hasta los periódicos extranjeros, que antes llenaban de ditirambos la gestión financiera del Sr. Gamazo, se llamen á engaño y rectifiquen sus juicios anteriores. El Sr. Gamazo—dicen ahora los franceses—comienza á gastarse: al principio de su gestión se le saludó y festejó como al ansiado regenerador. Hoy se ve claro que no ha hecho más que tomar las ideas y el programa del partido conservador, y que ni siquiera ha llevado ó sabido poner en la ejecución de este programa la diligencia y la iniciativa que son indispensables. Ahora volverá, probablemente disgustado, á las filas de su partido, después de perder una gran parte de su prestigio.

Teníamos que hablar ahora de la crisis; pero es realmente muy enojoso decir que los más preciados intereses de los

pueblos siguen pendientes de diagnósticos acerca de resfriados, ataques de bilis y calenturas. No se concibe un Ministerio sin presidente, porque está enfermo hace meses; sin plan uniforme, sin autoridad, sin unión y sin sombra de prestigio alguno; y, sin embargo, ese Ministerio existe; ese Ministerio, como dice perfectamente un periódico, tiene la pretensión de gobernar á nuestro país y ser garantía de los intereses legítimos, cuando no abre el Parlamento, temeroso de que en él se desaten las indisciplinas de la mayoría y las censuras de la oposición; ni cubre las vacantes que existen en la alta Administración, seguro de que, si lo intenta, surgirán irremediables disidencias; ni aun se atreve á nombrar un Gobernador para Santander, viendo que el Ministro de Hacienda tiene su candidato, y el de la Gobernación no puede imponer el suyo.

Esta crisis sin crisis, los banquetes militares y hasta la ruptura de la coalición republicana, de que viene hablándose y no podemos relatar ahora por falta de espacio, son asuntos en realidad secundarios y de poco relieve ante nuestra honra mal defendida en África, y nuestra producción, nuestra riqueza y nuestras transacciones comprometidas por tratados ruinosos y repetidos desaciertos de un Gobierno que no es Gobierno.

\*  
\* \*

## EXTERIOR

El anarquismo, ese mal que han contribuído á crear y á fomentar todos los políticos débiles é imprevisores, sigue dando repetidas pruebas de sus sangrientos instintos y de sus feroces propósitos.

Las explosiones de la dinamita hacen estremecer de vez en cuando todo el cuerpo social, y los últimos atentados han producido verdadero pánico en Francia y empiezan á llamar la atención de Inglaterra. Pero nos parece que todavía hemos de ver más desastres antes que las naciones todas se pongan seriamente en guardia y se dispongan á defenderse, con mu-

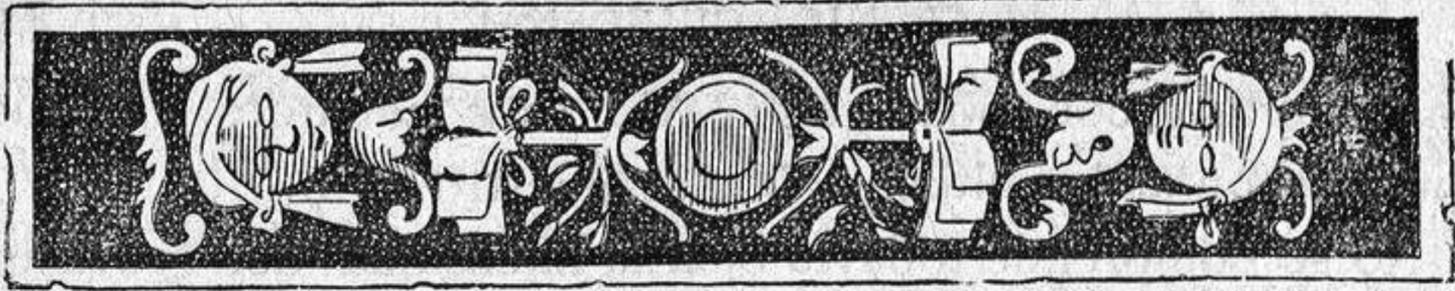
cho acierto y con toda energía, de esos cobardes crímenes que deshonran los últimos años de nuestro siglo.

No se comprende todavía bien la intensidad del gravísimo mal que corroe las entrañas del mundo y para cuya extirpación de nada sirven acaso las exageraciones, la crueldad, ni tampoco los paliativos. Las destemplanzas del individualismo satisfecho nos han llevado al crudo socialismo, y el actual socialismo pide, y con mucha justicia á veces, grandes y bien estudiadas reformas. Un mal suele tener su raíz en otros males, y es menester remontarse al origen y estudiar las causas para dar con el tratamiento patológico más natural y oportuno.

Claro es que el socialismo extremado, y convertido luego en anarquismo de diferentes clases y categorías, es un síntoma de *delirium tremens*, ataque horrible cuyos efectos podrán acaso limitarse con medidas preventivas y represivas; pero todos sabemos que la camisa de fuerza sirve á veces para evitar desgracias en el manicomio, pero nunca para curar los ataques del desgraciado epiléptico.

C. S.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

Ferruxe, por AURELIO RIBALTA.

Extraordinario desarrollo va adquiriendo de día en día la literatura gallega; no tan completo es su renacimiento como la catalana; es, desde luego, y especialmente en cuanto á la poesía se refiere, más ingenua y sencilla, más simpática, en una palabra. Rosalía Castro, Pondal, Curros Enríquez, Lamas Carvajal y Benito Losada han elevado la lírica regional á envidiable altura, y los *Cantares gallegos*, *As campanas d'Allons* y *A Virxe do Cristal* son joyas con que honrarse pudiera cualquier Parnaso moderno, aun el más fecundo en obras maestras.

El idioma gallego tiene una brillante tradición poética: los contemporáneos encontraron abierto el camino, y se han limitado á dar vida más vigorosa á lo que ya existía, acrecentando el tesoro de aquella tradición. No así la prosa: el idioma no está hecho, y sólo tímidos ensayos se han intentado en este sentido. El joven literato D. Aurelio Ribalta, ya ventajosamente conocido por su libro *La campaña de Ul-*

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

*tramar*, escrito en buena prosa castellana, procura en *Ferruxe* dar á la gallega los giros y elegancia, la ductilidad y armonía de un idioma literario. A fe que lo consigue en muchos pasajes, sobre todo en el precioso prólogo de la obra; aunque no lo consiguiera, por el sólo hecho de emprender trabajo tan difícil cuanto discutido, merece sinceros plácemes su distinguido autor.

*Ferruxe* es el apodo con que se nombra á Petra, la anciana protagonista de esta sencilla narración, en la cual trató Ribalta, más que de escribir un cuento, de dibujar un carácter, y en los cortos límites que se impuso lo consigue á maravilla, empleando los procedimientos de la novela moderna: observación exacta, riqueza en los detalles y atinadas notas de color local. No hay amoríos en la obrita ni dramáticos episodios, y, sin embargo, interesan vivamente aquellas dos pobres mujeres: Petra, de nobilísimos sentimientos y adorables bondades, á los cuales se sobreponía su carácter de hierro cuando *estaba de ferruxe* (digamos rabieta), que era casi siempre, y Mercedes, su sobrina, criatura humilde y de genio apacible, á quien tiene la pena de dejar, al morir, sin más amparo que el de Dios.

No debe el autor de *Ferruxe* abandonar esa ardua labor, con tantos alientos comenzada; dénos en una obra de más extensión cuantas perfecciones tenemos derecho á esperar de su talento.

T.

\* \* \*

Introducción al estudio de la Química analítica cualitativa, por D. LUIS DE LA ESCOSURA Y MORROGH, *exprofesor de Química general y analítica de la Escuela especial de Ingenieros de Minas*.—Madrid, 1894.—En 4.<sup>o</sup>—XII: 260 páginas.

Aun cuando el ilustre autor de esta obra declara modestamente que sólo contiene «las observaciones y datos que ha recogido durante muchos años en sus prácticas de laboratorio y los preceptos que enseñan en sus libros los autores

de análisis que ha tenido ocasión de consultar, «podemos afirmar, por nuestra parte, que su nueva producción contiene mucho y muy bueno, propio del eminente ingeniero, que da brillante ejemplo de laboriosidad provechosa con sus trabajos continuos.

El Sr. Escosura consigue facilitar considerablemente el estudio de una ciencia tan importante como difícil, y es su libro acertado compendio de oportunas indicaciones, que habrán de consultar forzosamente cuantos quieran dedicarse á la citada rama del saber.



#### Otras publicaciones.

*Entretenimientos gramaticales*, por Baldomero Rivodó. Colección de tratados y opúsculos sobre diferentes puntos relativos al idioma castellano. Tomo VII. Entretenimiento vigésimo. Nombres personales. París, librería española de Garnier hermanos, 1893. En 4.º, 164 páginas.—Este volumen resulta tan curioso y de tanto mérito como los anteriores.

*Tirso de Molina*. Investigaciones bio-bibliográficas, por Emilio Cotarelo y Mori. Madrid, 1893. En 8.º, 221 páginas y un buen retrato de Tirso: 3 pesetas.—Estudio detenido y concienzudo que pone de realce las cualidades del insigne monje y da idea acabada de sus producciones.

*Patria con honra*, por D. Bernabé Romeo. Madrid, 1894. En 4.º, 48 páginas y el retrato del autor.

*Los anarquistas en Madrid*. Informe oral por el Dr. D. José de Carvajal, en defensa de Juan María Debats. Madrid, 1894. En 4.º, 133 páginas.

*El nicotinismo*. Tal es el título del 9.º volumen que acaba de publicar la BIBLIOTECA CIENTÍFICA MODERNA, debido á la pluma del distinguido publicista francés Dr. Laurent y que correctamente ha vertido al castellano el muy ilustrado Director de la *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas*, don Rafael Ulecia. Mucho se ha escrito acerca de la intoxicación

crónica por el tabaco, pero ciertamente nada hay comparable con el interesantísimo libro del Dr. Laurent.

Forma un precioso tomo lujosamente encuadernado en piel, de cerca de 300 páginas, y se vende al precio de 3 pesetas, en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas*, Preciados, 33, bajo, Madrid, y en las principales librerías.

*La caída de un Príncipe*. Romance histórico por M. Velasco y Santos. Madrid, 1894. En 4.º, 40 páginas.—Está escrito con elegancia y soltura y ofrece mucho carácter de época. Su autor ha tenido el buen acuerdo de dedicar su trabajo al Sr. D. Lucas del Campo, inteligente y entusiasta hijo de la ciudad conplutense.

*Irlanda y las reformas de Gladstone*. Conferencia dada en el Círculo obrero de esta corte por D. Miguel García Romero. Madrid, 1894. En 4.º, 37 páginas.—Cada día son de mayor mérito é importancia las tareas del Círculo que sostienen nuestros ilustres amigos García Ayuso é Isern.

*Duquesa viuda de Santoña. Explotación escandalosa*.—Madrid, 1894. En 8.º, 350 páginas.—Son de tal magnitud las cosas que se denuncian en este libro; apenas tanto el ánimo su lectura, que si aún quedan energías en nuestra patria, estamos seguros de que se discutirán ampliamente las acusaciones que formula la respetable autora, y que se tratará, por los mismos interesados, de que se depuren bien los hechos. Antes de ahora lo dijimos: resulta para nosotros inexplicable, en buena ley, que una persona que posee 60 millones de pesetas se vea arruinada en pocos años con sólo andar en manos de jueces y abogados.

*Meeting-protesta contra los tratados de comercio*, celebrado en Bilbao el día 9 de Diciembre de 1893. Bilbao, 1894. En 8.º, 279 páginas.—Recordarán nuestros lectores la resonancia que alcanzó en todo el país aquel valeroso acto de protesta contra tratados que amenazan la industria de la nación española, formados por personas tan sobradas de buena fe como faltas de los necesarios conocimientos. Son muy notables y perfectamente razonados los discursos que se pronunciaron entonces, y que ahora se publican reunidos

en elegante volumen. A disponer de espacio, transcribiríamos algunos, en particular el de D. Pablo de Alzola, que es á manera de maza que pulveriza los desdichadísimos tratados. Por ser aquel sabio ingeniero persona de nuestra mayor estimación, no podemos elogiar su discurso todo lo que merece.

*Rythmes et rires.*—París, Biblioteca de *La Plume*, 1894. En 8.º, 164 páginas.—*Willy*, autor de este libro ingenioso y amenísimo, es el pseudónimo del ilustrado escritor Henry Gauthier-Villars. Contiene el volumen interesantes siluetas de Lamoureux, Colonne y otros afamados directores de orquesta y estudios de Wagner, Gounod, Massenet, Saint-Saëns, etc., que cautivan al lector por lo atrevidas y occurrentes.

*Annuaire de l'Observatoire municipal de Montsouris pour l'année 1894* (Análisis y trabajos de 1892.) Meteorología.—Química.—Micrografía.—Aplicaciones á la higiene.—París, Gauthier-Villars é hijos. En 16.º, 649 páginas, 1,50 francos.—Contiene, como es sabido, porción de estudios interesantísimos y de suma utilidad.

R. A.



## BANCO DE CASTILLA

---

Este Banco, á contar desde el día 16 del corriente, satisfará el importe de los cupones de billetes hipotecarios de la Isla de Cuba y del 4 por 100 exterior, que vencerán en 1.º de Abril próximo, depositados en sus Cajas, y cuya devolución en rama no

ha sido pedida, previa presentación de los resguardos de depósito y con la bonificación del 21,20 por 100.

Madrid 15 de Febrero de 1894. — Por acuerdo de la Administración, el Secretario, *R. Sepúlveda*.

---

## BANCO HISPANO-COLONIAL

---

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el trigésimoprimero sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Marzo, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, número 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.184.500 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.184.500 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.845 lotes de á 100 billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo 14 bolas, en representación de las 14 centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títu-

los emitidos y los 1.184.500 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 13 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.516 bolas sorteables, deducidas ya las 329 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director-gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comproba-

ción, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del impor-

te de la amortización desde 1.º de Abril próximo.

Barcelona 17 de Febrero de 1894.—El Secretario general, *Arístides de Artíñano*

## BANCO HI-PANO-COLONIAL

### ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

*Décimotercer sorteo de amortización.*

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el décimotercer sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, el día 10 de Marzo, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, número 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 405 000 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 405.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 4.050 lotes, de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo cinco bolas, en representación de las cinco centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos y los 405.000 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 14 del actual, expedida

por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 4.000 bolas sorteables, deducidas ya las 50 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director-gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público para su comprobación las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Abril próximo.

Barcelona 24 de Febrero de 1894.—El Secretario general, *Arístides de Artíñano*.